



BIBLIOGRAFIA

Orígenes, por J. DANIELOU. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958, 383 p. (Biblioteca de Filosofía).

Jean Daniélou, uno de los promotores, hace algunos años, del movimiento de la "nouvelle théologie", ha mostrado como otros estudiosos que participaron del mismo movimiento, una especial predilección por la patristica griega. Su obra sobre "Orígenes" cuya traducción española (no muy feliz) se nos brinda ahora, es una prueba de ello.

En el libro primero, "Orígenes y su tiempo", después de un capítulo biográfico nos habla de las relaciones del maestro alejandrino con el medio cristiano, de su teología sacramental, del ambiente filosófico en que se forjó su pensamiento y finalmente de su actividad apologetica.

Aun cuando el autor, como es obvio, no puede dejar de tener en cuenta las varias proposiciones condenadas por la Iglesia en la obra de Orígenes, tiende, sin embargo (por un cierto ecumenismo teológico, común a todos los escritores que provienen del antes mencionado movimiento), a considerar la notoria tendencia del autor del "De principiis" hacia la "interiorización" de la liturgia y de los sacramentos como algo no incompatible con la ortodoxia. Sin embargo, a pesar del erudito esfuerzo de Daniélou, ninguno de los textos aducidos podrían convencernos de que Orígenes concibe la eficacia sacramental "ex opere operato" o la comunidad cristiana como un todo histórico, jerárquico y unitariamente organizado.

Más acertada parece, en cambio, la idea de relacionar a Orígenes con el platonismo medio antes que con Plotino y el neoplatonismo. Pero a partir del estudio de su polémica con Celso, si se reconoce (con Miura Strange) un casi idéntico fondo filosófico en ambos contendientes, cosa que no deja de hacer Daniélou. ¿No cabría arriesgar un paso más hacia la tesis de Eugenio de Faye (*Origène, sa vie, son oeuvre, sa pensée*. París. 1923-1928) que considera a Orígenes como filósofo platónico antes que como teólogo cristiano? Esto parecería confirmado por el carácter "alegorizante" de su exégesis bíblica.

Es verdad que en el libro segundo que versa sobre "Orígenes y la Biblia", insiste Daniélou en diferenciar la interpretación que él llama "tipológica" de la interpretación "alegórica", pero tampoco aquí parece su tesis enteramente convincente. De todas maneras, al estudiar la influencia de las tradiciones exegéticas no cristianas sobre el pensamiento de Orígenes, reconoce que, junto a la exégesis rabínica, literalista (cuyo influjo "tiene alcances limitados"), tuvieron un papel más importante la exégesis filónica (típicamente alegórica y moral) y la gnóstica, para la cual "los acontecimientos, los actos, el cuadro

de la vida de Jesús, aparecen como símbolos de una historia celeste'', situándose así, por tanto, "en la línea de un ejemplarismo platónico".

En la tercera parte se trata de "El sistema de Orígenes". Daniélou acepta con Hal Koch (*Pronoia und Paidcusis*. Leipzig. 1932) que la idea de la providencia educadora constituye el punto central del pensamiento de Orígenes pero, con toda razón añade a esta idea la de la libertad como anterior a la esencia, uniéndose en esto a R. Cadou (*Introduction au système d'Origène*. Paris. 1932). En efecto, en su polémica antignóstica, Orígenes, al atacar el determinismo de las esencias (Qúgeis), reduce la realidad a un sistema de puras "libertades" que determinan sus respectivas esencias. Los espíritus, que en el principio se hallan junto a Dios y el Logos, caen por el pecado y se apartan de éstos; el Logos los rescata y finalmente los restituye al Padre y a su estado primero. Pero Daniélou insiste en que "esta concepción del cristianismo como historia sagrada es profundamente bíblica" cuando, en verdad, más que un teólogo que busca sistematizar los datos de la revelación cristiana mediante cierto aparato conceptual, Orígenes aparece aquí como un filósofo platónico que se vale de los libros sagrados del cristianismo como Filón del Antiguo Testamento, o aun como los estoicos de los libros de Homero y como el mismo Platón de los antiguos mitos griegos y orientales. Ni siquiera la última parte dedicada a "La mística de Orígenes" consigue probar que la experiencia espiritual del maestro de Alejandría sea, en el fondo, diferente de la de Plotino.

Angel J. Cappelletti

Ciencia griega, por B. FARRINGTON. Buenos Aires, Editorial Hachette, 1957, 325 p. (Biblioteca de Filosofía).

Benjamín Farrington, profesor en las universidades de Belfast, de Capetown y de Bristol y en el University College de Swansea, es un estudioso de la antigüedad grecolatina, cuyos juicios y valoraciones suelen apartarse, a veces escandalosamente, de los caminos del humanista "bien pensante". Por lo que tiene de osado merece toda nuestra simpatía, pero por lo que tiene de unilateral y de esquematizador merece, por lo menos, el reproche de no ser un humanista tan cabal como cabría esperar de un profesor de humanidades.

Aparte de algunas traducciones del latín y de varias obras originales sobre historia de la cultura y de la ciencia antigua (*The civilization of Greece and Rome, Head and hand in ancient Greece* etc.) cabe señalar su participación en el volumen colectivo intitulado *Filosofía del futuro*, en cuanto dicha participación puede, en cierta medida, definir una posición filosófica.

En la presente obra, que es una breve historia de la ciencia griega, Farrington se propone sobre todo mostrar el origen de la ciencia a partir de la técnica.

Ya antes de él había señalado Mondolfo la raíz tecnológica de ciertas doctrinas presocráticas. Pero, sin la reserva crítica de éste, Farrington generaliza, llevado, sin duda, por su deseo de probar una tesis: a saber, que todo conocimiento real de la Naturaleza se da a partir del

trabajo manual (el cual, a su vez, no es sino una prolongación del trabajo de la Naturaleza misma). La ciencia abstracta viene a ser de este modo un fruto más o menos tardío del trabajo productivo. Esta tesis, gratísima al paladar marxista, sólo puede demostrarse, sin embargo, a costa de simplificaciones arbitrarias y de deformaciones bastante graves de los hechos.

Oponer dentro de la primitiva filosofía griega dos líneas de espíritu y carácter enteramente opuestos: una de Tales a Demócrito, otra de Pitágoras a Platón, es, por supuesto, una simplificación excesiva. Pero considerar sin más, a la primera como "atea y materialista" y a la segunda como "teológica y religiosa", implica además un uso indebido y abusivo de los términos e induce a graves malentendidos. ¿Quién que haya leído los fragmentos de Heráclito podrá afirmar que éste es materialista y ateo? ¿Quién se atreverá a sostener que Parménides es más "teológico" que Anaximandro? o, por otra parte, ¿qué pensar de Empédocles, naturalista y taumaturgo? ¿O en qué grupo clasificar a Jenófanes que al mismo tiempo que se presenta como el primer iluminista griego y difunde las ideas básicas de la filosofía milesia prepara el florecimiento (aunque sea de un modo mediato e indirecto) de la "teológica" escuela de Elea?

Negar que el ritual de Esculapio haya sido una de las fuentes de la medicina griega, aunque sea quizás equivocado no contradice a hechos demasiado evidentes, pero ¿no será acaso una concesión excesiva al espíritu de sistema el negar asimismo que las teorías filosóficas hayan contribuido de un modo positivo a la formación de la ciencia médica?

Afirmar que la filosofía política de Platón implica una concepción netamente aristocrática del Estado parece algo más que cierto, evidente, pero explicar todo el pensamiento platónico como científicamente negativo por este mismo carácter aristocrático resulta un tanto ingenuo y, casi se diría, infantil. La filosofía epicúrea, a la cual Farrington parece dispuesto a conceder todos los méritos, ¿no fue acaso ideología de los busgueses griegos y del patriciado romano, en buena parte? Por otro lado, no puede negarse que los cínicos (hombres generalmente de baja e ínfima extracción social), cuyas doctrinas social-políticas podrían, en cierta medida, considerarse como la ideología del proletariado helénico, estaban por su nominalismo empirista en las antipodas del "idealismo" platónico, pero ¿acaso puede decirse que contribuyeron más que Platón al progreso de las ciencias naturales? Ni siquiera se podrá negar que el naturalismo cínico (tan cercano al de los anarquistas del siglo pasado) estuviera desprovisto de una cierta religiosidad (lo que explica las simpatías que por él sintieron muchos de los escritores de los primeros siglos cristianos).

Por todo esto y por otras muchas consideraciones que omitimos para no pecar de prolijos, seguimos convencidos, pese a todo lo que Farrington diga, de que para los griegos desde Tales (que cae en un pozo por mirar las estrellas), hasta Demócrito (que se saca los ojos para ver mejor con el entendimiento), y desde Aristóteles (que pone las virtudes dianoéticas por encima de las éticas) hasta Plotino (que no procura sino la visión de las ideas y de lo Uno), la contemplación pura de la verdad, más allá (infinitamente más allá) de toda praxis, es un ideal incommovible y constante.

Angel J. Cappelletti

La Universidad de Utopía, por R. HUTCHINS. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1959, 61 p. (Colección Cuadernos, 2).

El título de esta obra puede sugerir la idea de un fantástico semillero de ciencia o de una gigantesca fábrica de conocimientos. Por eso es preciso aclarar en seguida que la palabra "utopía" no es usada por el autor sino en un sentido atenuado y bastante modesto: no se trata sino de un estado de cosas más o menos inmediatamente accesible y del cual sólo nos separan tres o cuatro errores fundamentales y esencialmente (parece pensar el autor) una gran carencia de sentido común.

En efecto, el profesor Hutchins pronunció en 1953, en la Universidad de Chicago con el patrocinio de la Fundación Charles R. Walgreen para el estudio de las Instituciones Norteamericanas, la serie de conferencias cuyo texto constituye el presente librito, con el objeto de señalar los principales peligros que amenazan hoy a la educación universitaria en Estados Unidos. Para llevar adelante sus críticas se remite a una universidad que, surgida y desarrollada en el ámbito de una moderna democracia industrial de características en todo semejantes a las de su propio país, constituye, sin embargo, un instituto de educación superior tan satisfactorio como podría desearse. En la medida en que las circunstancias políticas y económicas son análogas a las de los países europeos y latinoamericanos, dichas críticas podrían extenderse a Europa y a la América latina.

Los peligros que el autor señala surgen de cuatro hechos: la industrialización, la especialización, la diversidad filosófica y el conformismo social y político. El proceso de industrialización de un país implica una creciente exigencia de formación técnica y ofrece a quienes la posean las mejores oportunidades económicas. En un país que se industrializa la totalidad del sistema educativo y la educación universitaria en especial padecen, pues, la natural y constante tentación de ponerse al servicio de la industria y de dedicar sus principales esfuerzos a la producción de técnicos. (Hace poco uno de los líderes de la revolución cubana decía, hablando a los jóvenes estudiantes universitarios, que, en adelante sería preciso dejar de lado los estudios humanísticos para dedicar toda la atención a la tecnología, porque Cuba debía industrializarse).

Ahora bien, "la finalidad del sistema educativo, considerado en su conjunto, no es proveer de obreros a la industria ni enseñar a los jóvenes a ganarse la vida. Es formar ciudadanos responsables". Si la universidad reduce su tarea a la preparación de técnicos o hace de esto su objeto principal se constituye en una mera fábrica que produce máquinas para hacer máquinas.

Más aún, aquí se impone un hecho paradójico: "Cuanto más se acentúa el proceso de industrialización en un país, tanto menor es su necesidad de formación técnica del tipo que habitualmente se proporciona en los niveles inferiores de la educación". Por lo cual la capacitación técnica (en que tanto insisten nuestros geniales visionarios criollos) "no puede facilitar el éxito del individuo ni puede contribuir tampoco a la prosperidad de la industria" (En su libro "*El humanismo*

y lo humano" ha demostrado Charmot que los hombres que más sobresalen en el ejercicio de las profesiones técnicas provienen, por lo menos en Europa, de los liceos clásicos y han recibido un cierto grado de formación humanística). En el fondo, el peligro de la industrialización consiste en la posibilidad de olvidar, frente a necesidades materiales más o menos perentorias de la sociedad, que el fin de la educación no es la habilidad ni el lucro ni la eficiencia, ni siquiera la ciencia, sino la sabiduría.

El gran problema de la educación hodierna consiste en tornar significativo el trabajo meramente mecánico del obrero industrial (esto es, de las grandes masas de trabajadores). ¿Acaso una educación esencialmente técnica puede aspirar a solucionar este problema que implica la revelación del sentido de la propia vida y de la propia labor a cada hombre? Es evidente que aquí el humanista, el filósofo, el artista, etc. han de tener para decir algo más que el mero transmisor de una técnica. Por eso, en Utopía "los más altos honores que confiere el Estado no recaen en quienes se han enriquecido mediante la producción y la venta de artefactos, sino en aquéllos a quienes Utopía se complace en honrar: sus artistas y pensadores". Precisamente porque los utopianos no creen "que el objetivo de la sociedad sea el de ayudar a los hombres a sacar provecho de la producción y de la venta de algo", consideran en cambio "que el pensamiento y el arte constituyen las actividades más elevadas de la raza humana". Y por eso, aun cuando no escatimen esfuerzos para aumentar su potencia industrial y su poderío militar, para prolongar la vida humana y para producir un número suficiente de artefactos, "no están confundidos sobre lo que hace fuerte a un país". En última instancia "su esperanza es alcanzar la sabiduría mediante su sistema educativo".

La especialización, que se impone en el campo de las investigaciones físico-naturales, puede constituir también un serio peligro para la educación puesto que, la finalidad de ésta "no es conocer cada vez más detalles acerca del mundo, sino comprender al mundo y comprendernos a nosotros mismos en él".

Por otra parte, el maquinismo (cuya meta, podría añadirse, es la automatización) hará desaparecer en un futuro más o menos próximo una gran parte de las profesiones especializadas (casi todas, sin duda), por lo cual la educación deberá gastar cada vez menos tiempo y energías en la preparación de especialistas.

La falsa idea de que la Universidad debe ante todo preparar profesionales especializados ha conducido en Estados Unidos al establecimiento de cursos cuyo contenido propiamente educativo es nulo y cuya proyección espiritual parece que sólo puede ser encarada humorísticamente. Que haya en las universidades americanas cursos para payasos de circo o para expertos en belleza femenina (cosmetología), o que alguien pueda graduarse como Doctor en Filosofía especializándose en Educación de conductores de automóviles, es algo capaz de hacer estremecer en sus tumbas a todos los grandes universitarios de la historia desde Alberto Magno hasta Jorge Guillermo Federico Hegel. Es algo capaz, inclusive, de despertar nuestra hilaridad hispanoamericana, pero deberíamos preguntarnos enseguida si no es por ese camino que quieren llevarnos aquí y ahora aquéllos que en nuestras universidades suprimen los cursos de Filosofía para substituirlos por otros (indudablemente más especializados) de Lógica simbólica y que sólo piensan

en las "facultades técnicas" (cuando el mismo concepto de "facultad técnica" implica una suerte de contrasentido). Porque, como dice Hutchins, en la Universidad sólo deben tener cabida aquellas actividades (investigación o enseñanza) que posean un contenido intelectual. Y esto significa, en primer término las artes liberales, las humanidades y las ciencias puras y luego, aquellas profesiones (como medicina o derecho) que tengan también un contenido intelectual intrínseco. Lo demás, las triquiñuelas de los oficios, el aspecto práctico de las profesiones, la habilidad meramente técnica, no debe tener cabida en el ámbito propiamente universitario. Cada uno las aprenderá en el respectivo campo de trabajo con mayor eficiencia: el abogado en el foro, el periodista en la sala de redacción, el ingeniero en el taller o en la fábrica. "La mejor manera de dividir la responsabilidad entre la universidad y la ocupación sería dejar el contenido intelectual, si lo hay, en manos de la primera, y permitir que la segunda se encargue de familiarizar a sus propios neófitos con las operaciones técnicas que deban aprender".

Otro de los peligros que Hutchins señala en la educación universitaria norteamericana es la diversidad filosófica. Si "la civilización es la búsqueda deliberada de un ideal común" y si "la educación es el intento de formar a los hombres en términos de un ideal" o, en otras palabras, "es el intento de una sociedad para producir el tipo de hombre que desea", cabe preguntarse enseguida de que modo se determinará el tipo de hombre deseable. Esto implica necesariamente una filosofía de la educación, ya que "la educación sin una filosofía de la educación, es decir un planteo coherente de sus finalidades y posibilidades, es imposible". Ahora bien, si exceptuamos a los estados totalitarios en los cuales se ha adoptado una filosofía oficial, cuyo contenido se considera como expresión de la verdad última y definitiva, todos aquellos países en que exista una diversidad filosófica se hallarán ante un problema que parece, a primera vista, insoluble. En efecto, "si existen muchas filosofías ¿cómo evitar la multiplicidad de las filosofías educativas? Si éstas son abundantes ¿cómo podemos dejar de tener varios sistemas educativos, lo cual es evidentemente absurdo?".

En la Universidad de Utopía no se enseña una doctrina oficial y única porque, naturalmente, Utopía no es un estado totalitario. Pero esto tampoco significa que, como en muchas universidades americanas, se vegete en una absoluta indiferencia filosófica. Los utopianos han comprendido que la Universidad y las demás instituciones educativas "tienen por fin reunir a los hombres de diferentes actitudes, formación, intereses, temperamentos y filosofías, con el fin de promover la comprensión mutua". Para ello se tienen en cuenta todas las doctrinas y se cumple un esfuerzo para poner en claro los puntos de coincidencia o de discrepancia, a fin de que cada uno pueda concientemente juzgar, aceptar o rechazar. "La finalidad no es el acuerdo sino la comunicación". (En nuestro país, donde la juventud universitaria demuestra un interés creciente por el marxismo, constituiría una tarea eminentemente educativa la enseñanza de la filosofía marxista. No para disuadir a quienes la hayan abrazado ni para inducir a ella a quienes la rechacen sino simplemente para que unos y otros conozcan lo que defienden o repudian y sepan de que discuten. Cosa que, por cierto, no sucede ahora). Finalmente, el conformismo social y político constituye otro de los graves peligros que acechan, según Hutchins, a la Universidad. Esta, en

sus orígenes medievales, fue una libre comunidad de maestros y estudiantes que reivindicaron para sí, desde el primer momento, la mayor autonomía frente a la autoridad eclesiástica y civil. La libertad y la autonomía son tan esenciales a la vida universitaria que, cuando una institución de estudios superiores se funda con el propósito de defender determinado ideario político, social o religioso, ésta queda por el mismo hecho limitada cuando no desvirtuada en su intrínseca finalidad educativa. (De ahí el grave error, en países como el nuestro, de las llamadas "universidades libres"). En Estados Unidos la libertad académica fue gravemente amenazada por obra de la miope y obtusa mentalidad macartista, hasta el punto que "el mero descubrimiento de que un hombre haya leído las obras de Karl Marx, o conozca a alguien que lo haya hecho, basta para plantear el problema de si se le puede tener confianza en una cátedra". Surgió así una de las más trágicas y a la vez cómicas formas de censura y persecución ideológica: la que se ejerce en nombre de la opinión común y del pensamiento público (que precisamente por ser común y público no es pensamiento). La idea (cuálquiere que sea, verdadera o falsa) es acosada por un enorme vacío mental que quiere sojuzgarla.

"No digo que el objetivo de una universidad sea desarrollar y manifestar opiniones impopulares, ni que el fin de una universidad sea impedir el conformismo social y político en lugar de promoverlo. Lo que afirmo es que una universidad donde no se oigan opiniones impopulares o que se confunda imperceptiblemente con el medio social y político, puede ser pasible de sospecha, hasta que no se demuestre lo contrario, de que no cumple su función". Y no cumplirá su función en la medida en que no desarrolle en su seno la actividad del pensamiento; pero pensamiento es crítica y crítica implica siempre, en cierto grado, un no conformismo. Mac Carthy y quien proyectó e impulsó los cursos para payasos en la Universidad del Estado de Florida han trabajado, pues, haciendo causa común, contra la cultura superior de su pueblo.

"La exigencia de libertad académica se basa en la elevada y seria vocación de la profesión educativa. Esa vocación es la de pensar. Una universidad es un centro de pensamiento independiente. Como centro de pensamiento y de pensamiento independiente, es, asimismo, un centro de crítica".

Angel J. Cappelletti

Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad, por

HERDER. Buenos Aires, Losada, 1959. Traducción de Rovi-
ra Armengol. 701 p.

La obra de Gottfried Herder pertenece a la categoría de las que, por su indiscutible mérito, llamamos "maestras". Emula al genial Juan Bautista Vico y su "Ciencia Nueva". Su autor pertenece al maravilloso siglo XVIII germano, fines. El eminente contemporáneo de Kant y de Goethe, estuvo como ellos, dotado de singularísimas capacidades que

devotamente acrecentó con el trabajo y el estudio, logrando una crudición científico-natural e histórico-filosófico de prestancia. Por eso, los veinte libros que compaginan las tres partes de la obra comentada, tienen estructura recia y alcanzan un desenvolvimiento de las ideas en ellos contenidas de miraje cósmico, que mueven a una alta estima.

Para no desmerecer un ápice del genio latino, el germano aún en su visión panorámica de la totalidad de la realidad histórica, un punto de vista universal cosmológico y filosófico a la vez. Trázanos así, no solamente una verdadera "filosofía de la historia" como lo promete el título, sino a la vez, una filosofía del arte, de la religión, del derecho, entroncadas en una antropología filosófica. Hoy, usando terminología cara a Cassirer, podríamos decir con mayor precisión, que es toda una filosofía de las formas simbólicas, con vetas modernísimas.

El gran romántico sostiene en la Primera Parte de su obra que una filosofía de la historia debe comenzar desde el origen mismo de la tierra. Y así escribe: "Nuestra filosofía de la historia del género humano tiene que comenzar desde el cielo si quiere merecer de algún modo tal denominación". Y desde las leyes fijas y eternas que tienen vigencia milenaria en el orden cósmico, desciende a la tierra como planeta, desprendido del caos primordial. Revista luego el desarrollo progresivo del reino vegetal y animal, hasta culminar con la ubicación del hombre y sus notas esenciales y características, que hacen del hombre el centro del gran cosmos y personaje protagónico de la historia. Mientras la naturaleza es fruto de la creación teocéntrica, la historia es fruto de la actividad del hombre. El es el autor de los acontecimientos en el campo cultural. Provisto de sentidos y dones desconocidos en la escala animal, es ser racional, está organizado para la libertad, la esperanza en la inmortalidad, y en anhelo de perfección. Organiza la sociedad, porque es nacido para la comunicación humana, la religión y la moralidad. Inventa las ciencias, crea el arte, posee el lenguaje simbólico, que es el medio por excelencia para la comunicación y la ciencia o el arte.

Este ser excelso está en el centro, en medio del mundo natural, regido por leyes ciegas y fuerzas materiales, pero inicia otro orden de fuerzas superiores que constituyen el mundo espiritual. Es así el gozne en torno al cual gira todo. Tal la temática de la Segunda Parte de la obra.

En la Tercera Parte pasa el autor a la revisión prolija y de sentido histórico-cultural del proceso de desenvolvimiento histórico, desde las civilizaciones más antiguas. Desfilan, pues, las conquistas culturales de Oriente y Occidente, desde los tiempos remotos hasta la entrada de la edad moderna.

Tienen su sitio junto a China ancestral, Tonkin, Laos, Corea, el Este Tártago tanto como Japón, Tibet, el Indostán. No omite Babilonia, Asiria, Caldea. Hebreos, Fenicios, Cartagineses, Egipcios vienen luego. Indiscutiblemente Grecia, Etruria, Roma, centran su mirada escrutadora, antes de penetrar en el ámbito histórico de los pueblos bárbaros de fines de la era imperial y abarcar más luego a los pueblos y acontecimientos del medio evo cristiano, hasta terminar su largo itinerario en la gran era de inventos y descubrimientos de principios de la edad moderna.

A través de tan extenso viaje histórico-cultural, va mostrándonos cómo el artífice de la historia, el hombre, no sólo supera con sus fuerzas constructivas y su capacidad de expansión sobre la tierra, bajo los

cielos y sus climas, las fuerzas destructivas de la naturaleza, sino que además, y a pesar de su debilidad biológica —su “salud delicada”—, triunfa con su enorme resistencia desde su estratégico puesto privilegiado entre los dos mundos que lo solicitan y sabe enfrentar las fuerzas ciegas del instinto bajo el anhelo de superación. Y, por ende, se instituye en el autor de ese grande proceso de conquista de bienes, estabilización de valores bajo la égida de la razón, la justicia y su sentido de humanidad. Permite así al género humano ir escalando grados de diversas culturas, que al fin redundan en una auténtica realización histórica que llamamos “progreso”. Tal la obra del rey del cosmos.

Imposible seguir en sus hondas reflexiones al polifacetado autor. Mas, para justificar aquello del anticipo a Cassirer y sus formas simbólicas, releamos sólo el valiosísimo pasaje del Libro Noveno, donde escribe: “Ningún lenguaje expresa objetos sino nombres: ninguna inteligencia humana conoce, en conciencia objetos, sino solamente sus símbolos a los que designa con palabras”.

Callemos todo comentario del sentido de la obra como anticipo a Max Scheller y buena parte de la filosofía contemporánea en el gran tema del hombre y la cultura. No mentemos la relación posible entre su empresa y la de Toynbee. Sólo digamos que en él, la filosofía de la historia ratifica su giro immanente, impreso por Voltaire en “El siglo de Luis XIV”, al imprimir aquel rumbo nuevo al pensamiento especulativo, que implica un viraje fundamental frente al dado por San Agustín en “Ciudad de Dios” retomado por Vico, al trazar la visión teocéntrica y providencialista del acontecer histórico universal. Evidentemente la especulación contemporánea está vinculada a su nombre en éste y otros temas de vivísimo interés.

La muy cuidada y esmerada presentación del tomo bellamente impreso y encuadernado, puede enorgullecer a sus editores, que entregan así una pieza de inestimable valor al estudio y meditación de los actuales.

Celia O. de Montoya

Antología Nueva. Tres poetas argentinos: Fernando Pedro Alonso, Jorge Enrique Field, Arturo Rezzano. Buenos Aires, Editorial Literaria, 1959, 39 p.

Tres poetas jóvenes: Fernando Pedro Alonso, Jorge Enrique Field y Arturo Rezzano se han unido para publicar sus versos agrupados en un volumen con el título de “Antología nueva”. Gesto decidido, ya que son notorias las dificultades de toda índole que la aparición de un libro trae aparejada.

En las composiciones de Alonso algunas influencias —nada desdeñables por cierto— se perciben: García Lorca (En “Río de la Plata”... y eran las siete de la tarde), Carriego (“La muerte de un padre”), Borges (el final de “El pedazo de cielo que cubre mi casa”). Su poesía es rotunda, expresiva; describe estados de ánimo ante las cosas (la ribera inundada, las nubes, la tumba de Güiraldes) o los hechos (la

muerte del padre). Capta con agudeza aspectos de la ciudad a la que canta con amor y pulsa la nota lírica con intensa ternura en "Poema". Esto disculpa cierto detallismo realista que asoma a veces.

Field es el más joven de los tres. Sus poemas acusan una gran subjetividad, quizá algo elaborada, pero de un indudable poder comunicativo. Se destacan la suave y emotiva evocación de "In memoriam" (... y éramos dos amigos y éramos dos fantasmas hablando de la vida, de la muerte, del mundo) y la primera de las tres Elegías en la que se añora la paz de la campaña contra el fragor urbano y la adustez marmórea de la elegía a García Lorca, fuente inagotable de inspiración a más de 20 años de su muerte.

De seis sonetos y dos poemas consta la contribución de Rezzano a este volumen. Es, sin duda, el más instrospectivo de los tres, de un acendrado lirismo, de una emotividad auténtica. Sus sonetos, muy hermosos, demuestran el amplio dominio que posee Rezzano en esta difícil especialidad. Las dos primeras estrofas del número 4 son prueba de ese talento. Cuando se libere de utilizar alguna palabra poco espontánea (sismo, esmeraldina, reverberado) alcanzará la cima de la verdadera poesía de la que ya está muy cerca y de la que hay que ser siempre "grumete y capitán".

Salvador F. Storni

Estética del contemplador, por JOSÉ EDMUNDO CLEMENTE.

Buenos Aires, Editorial Nova (Compendios de Iniciación Cultural 35), 1960. 102 p. 12 ilustr.

Para la estética moderna lo bello no es atributo de las cosas, sino un proceso del espíritu. Para crear la obra de arte el artista no necesita, por consiguiente, recurrir a la imitación, desde que lleva en sí mismo todos los elementos y la capacidad intuitiva para penetrar en el misterio de la creación plástica. Esto, necesariamente, importa un aparente alejamiento de la pintura tradicional, aquélla que referida a un tema determinado y respetuosa de la naturaleza ofrece al espectador un mensaje directo, objetivo. La incompreensión se manifiesta entonces en el público, que no acepta, de primera intención, este esfuerzo por hacer que la obra de arte alcance un valor por sí misma.

José Edmundo Clemente, el autor de este meduloso ensayo, considera que el problema del espectador, frente a las distintas expresiones del arte actual, es de "educación de la mirada". Mas como el artista es también —quiera que no— un producto de la época —tiempo y espacio— forzosamente su visión está influida por los caracteres filosóficos y sociológicos que configuran el momento dado. De ahí que para comprender a la pintura moderna sea necesario también comprender al hombre contemporáneo.

Con cálido fervor el autor plantea, en el trabajo que da base al libro, el problema de la comprensión del arte actual. Con lenguaje limpiado lleva al lector a través de una serie de consideraciones y bien lo

gradas ejemplificaciones, en un intento de orientarlo para "leer la pintura" y poder así estar capacitado para desentrañar la esencia del arte contemporáneo.

El volumen contiene otros cinco trabajos que mantienen un nexo en cuanto a los propósitos ilustrativos y de investigación estética que los alienta. *Braque, pintor de soledad, Sobre la perfección, Meditaciones sobre el cuello, Meditaciones sobre el movimiento en la pintura y Estética de la razón vital*, son breves pero jugosos ensayos en los que fluye el espíritu crítico del autor, siempre alentado por el mismo anhelo de ubicar espiritualmente la plástica actual y hacer posible su comprensión por parte del espectador.

E. R. S.

Hombre y tierra, por PRIMO CASTRILLO. Nueva York, Ed. del autor, 1958. 180 p.

Decía René Ménéard que todo lo que se relaciona con la poesía no puede más que entreverse. Y así también, toda proposición que le concierna no es sino un testimonio cuya validez depende menos de la experiencia y de la sinceridad del testigo, que del juicio de quien lo escucha. De esta forma, la libertad más general es la circunstancia del poeta; circunstancia que gira sobre y en mundos propios, sin un orden lineal preestablecido.

Al leer el poemario "Hombre y tierra", de Primo Castrillo, tenemos también sobre nuestra mesa su libro primero: "Valle y mundo", que publicara diez años antes. La ocasión agita interesantes posibilidades para establecer meridianos entre la obra de ayer y la de hoy y apreciar distancias de contenido e ismos formales.

En su libro inicial, se observa una raíz telúrica en gran parte de los poemas. Diríamos que en él, Castrillo se revela como paisajista de las cosas; mostrador de la diversa categoría del mundo animado, a través del cual su valle, su verano, su mediatarde, se transubstancian en un aletargamiento curvilíneo de dulzura. Como ocurre tantas veces en las obras primigénitas, este libro tiene una forma poética serena, y hasta cuando canta a la Quinta Avenida, sabe quebrar el ritmo palpitante con el aroma de una magnolia. Pero también la serenidad está expresada con la llaneza del verso: prácticamente ausente de metáforas y almidonamientos formales. En "El tren" (I), comienza "siendo" una potencia singular: "Sospecha azul con doble rigor / de retos no cumplidos". Y para dar una idea de velocidad, de horizonte atravesado, dice textualmente: "El campo atrás con su inocencia / de apios / estanques / gaviotas / y dalias gordas".

En "Hombre y tierra" existe un vuelco palpable de toda esa intensidad anterior, justificándose ampliamente aquéllo de que "la libertad más general es la circunstancia del poeta", mencionado al comienzo.

Aquí la temática toma un trance humano, a veces algo solemne y ditiráulico, a veces con una "neutralidad" que desconcierta. El verso es poco transparente, devanando el poeta caminos de lentitud que —a

veces— no conducen a ninguna parte. Asimismo, la serenidad que elogiáramos en su anterior "Valle y mundo", aquí no puede descubrirse: el ritmo es de una continuidad insobornable, monótona. El poeta parece tener otra conciencia de la soledad, mostrando a veces una angustia por lo que es distancia o abismo.

De este nuevo intercambio de Primo Castrillo, de esta nueva naturaleza suya, poco podemos agregar. Entre el balance de su augural "Valle y mundo" y este otro poemario, en alguna forma desconcertante, quedamos a la espera de su próximo y definitorio crecimiento.

J. M. Taverna Irigoyen

Madrigalero, por RODOLFO JUAN CHARCHAFLIÉ. Con un dibujo de Alfredo Bettanin. Buenos Aires, Ed. del autor, 1958. 68 p.

Con un cita de Mira de Mesa, el poeta dramático español autor de Acteón y Diana, abre Rodolfo Juan Charchaflíé su "Madrigalero". Y la cita es simple pero definitoria: "Breve bien, fácil viento, leve espuma". Porque al poeta le ocupa, en la mayor parte de su tránsito, el tema del amor. Un amor dicho claramente, con vocales serenas; un amor que muchas veces es ribera, para contemplar mejor el río que el corce, y otras, pasajero de nieblas, forma del recuerdo.

Charchaflíé canta, por sobre todo, con una sencillez que conmueve. En algún poema, su voz tiene reminiscencias juanramonianas: "Juego de nunca saber / dónde está tu corazón: / A la gallinita ciega / sin que me ayude tu voz. / Lo buscaba mi impaciencia / con flecha y arco de amor, / por la esquina dura y fría, / tras el dorado balcón. / (Cedón de tu mano amiga, / aroma frágil de adiós)". Aunque, por sobre todo, es su propio sentir el que se expresa de un modo nuevo, alumbrado por una ternura fresca; canto siempre limpio: "Por este cielo, duro y curvo como un seno / se abrevia el mundo hasta sentirnos cerca. / Dame tu mano, para que no me pierda / cuando la tarde gire sus pájaros suspensos".

Casi siempre nostálgico, se detiene en el sentimiento elemental (por lo puro) con una gracia poco común. Y es así como el amor cobra en Charchaflíé lo que podríamos denominar "una categoría inédita"; imagen desconocida de lo cotidiano. La palabra toma en su verso una anchura de lámpara; saber dar el sonido y ser símbolo, donde le corresponde; sabe crecer en silencio en el lugar en que éste pueda brindar mayores sugerencias. Y es así como pocas voces le son suficientes para crear un clima interior: "Bastidores monótonos en la tarde vacía / para un diálogo ajeno. Yo sigo hablando a solas; / apenas me responde un pulso. ¡Mío!".

"Madrigalero" obtuvo en 1952 el premio de poesía de la Comisión Nacional de Cultura .

J. Taverna Irigoyen

Didáctica experimental, reflexiones e investigaciones, por WALTER BLUMENFELD y OLGA NIETO COLLADO (Serie "Estudios Psicológicos", nº 9); *La educación peruana en el mundo contemporáneo*, por AUGUSTO SALAZAR BONDY (Serie "Problemas de la educación peruana", nº 13); *El lenguaje y la función social de la Universidad*, por ALBERTO ESCOBAR (Serie "Problemas de la educación peruana", nº 14). Publicaciones de la Facultad de Educación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1959. 52, 25 y 27 p.

La Facultad de Educación de la vieja universidad limeña traduce en estas publicaciones su preocupación por los problemas pedagógicos del momento. No nos puede extrañar esta actitud de investigación de problemas educativos y de reflexión sobre la función de la enseñanza si recordamos que ocupa el decanato de esa casa de estudios un universitario de tan notorios méritos como Emilio Barrantes, cuya dedicación a la pedagogía universitaria se ha puesto en evidencia en más de un escrito.

Walter Blumenfeld y Olga Nieto Collado, ambos del Instituto de Psicopedagogía, enfocan en su trabajo algunos problemas de pedagogía científica. Su estudio se basa en ensayos sobre técnica de la enseñanza, incluyendo su relación con la formación educacional del alumno, y se refiere a los ciclos primario y secundario. Cuatro son los puntos considerados: 1. El empleo de recursos aritméticos para facilitar el aprendizaje del Algebra; 2. La influencia relativa que la forma acumulada o distribuida de presentar el material tiene sobre el aprendizaje; 3. El "cuidado" o sea la exactitud, esmero y tenacidad del sujeto en el proceso pedagógico; 4. El uso de las pruebas objetivas con fines didácticos. En un Apéndice se incluyen tests con instrucciones.

Augusto Salazar Bondy, al plantear el problema de la educación peruana, empieza declarando que la solución tiene que venir del país como un todo y será la consecuencia de una transformación de la actitud de los peruanos ante su realidad y su tarea histórica. Su análisis lo lleva a pedir una remodelación total del sistema educativo. Aboga por una escuela donde el hombre sea respetado en toda su integridad, donde se exalten los valores espirituales y se estimule la libre expansión de las personas y las comunidades.

Luego de una rigurosa introducción lingüística, el profesor Alberto Escobar entra a considerar el problema didáctico del lenguaje. Lo analiza en las tres fases del proceso educativo: primaria, secundaria y superior y sugiere que el ordenamiento de la enseñanza del español se haga en tres ciclos fundados en los principios de: Nivelación Idiomática, Lengua y Vida, y Lengua y Cultura. Este último es el que corresponde desarrollar a la Universidad. Deja sentado que "si son fines de la Universidad, la Cultura y el Hombre, el lenguaje es el medio de realización de esos fines".

Marta Elena Samatán

Qué es el idealismo, por MICHELE F. SCIACCA. Buenos Aires, Edit. Columba, 1959. 60 p.

Este pequeño volumen corresponde al Nº 47 de la Colección Esquemas y tiene las características propias de la orientación docente dada a la colección desde sus primeros números.

La personalidad del filósofo italiano goza de tan alto prestigio también en nuestro país que es innecesaria toda referencia a ella. Posiblemente, la densidad del desarrollo, la vastedad del tema ceñido a las exigencias mínimas de un folleto, hacen poco fácil su lectura no obstante el evidente dominio de la materia de que hace gala su autor. La obra es esencialmente de divulgación, lo cual no obsta para que Sciacca asuma, de tanto en tanto, una actitud polémica, entre otras razones porque el maestro italiano tiene algo que decir por su cuenta al respecto. Así lo que puede perder en imparcial objetividad, lo gana en la animación de la controversia lo que redunda en mayor interés para el lector, sobre todo si éste no carece de cierta información previa en el orden de la historia de la filosofía. Para el estudiante de filosofía, su lectura será muy provechosa tanto por lo que dice Sciacca cuanto por lo que sugiere; además tiene el autor la virtud esencial de todo magisterio: despertar el afán por ahondar el tema, en razón de las incitaciones en tal sentido provocadas por el arte del expositor.

L. D. F.

El pensamiento vivo de Virgilio, por JEAN GIONO. Buenos Aires, Editorial Losada, 1958, 259 p.

Este volumen responde a las características de la serie "Biblioteca del pensamiento vivo", cada uno de cuyos títulos ha sido preparado y prologado por un escritor de prestigio intérprete del poeta, filósofo, sociólogo, pedagogo o científico presentado.

Jean Giono presenta a Virgilio en una versión en prosa de las Bucólicas, Geórgicas y La Eneida. Decir que la obra toda ha sido vertida al castellano sin que el lector deje de percibir la fuerte seducción del poeta latino implica si no el elogio superfluo ya de Virgilio, sí el de su traductor. Pero, en rigor, de quien habría que ocuparse es de Jean Giono pues suyas son las páginas originales que sirven de presentación a los poemas de Virgilio. Páginas admirables por su contenido y su forma; páginas de un poeta dignas del maestro inmortal a quien evoca. Es de imaginar con cuanto deleite se las leerá en francés si traducidas, con todos los riesgos inevitables en una traducción, las gusta el lector en su versión española, pues conservan tanta fuerza de sugerencia como maestría formal. Innecesario insistir al respecto, pues el prestigio de Jean Giono como escritor de resonancia universal bien merecida es natural conquista debida a sus excelencias de estilista y de pensador tanto como a su conducta como hombre en circunstancias de prueba.

L. D. F.

Tucumán. Impresiones del Tercer Congreso de Escritores (S. A. D. E.), por CARLOS CAPITAIN FUNES. Santa Fe, Librería y Editorial Castellví, 1959. 40 p.

El autor ha reunido en este opúsculo sus impresiones del Tercer Congreso de Escritores afiliados a la Sociedad Argentina de Escritores. Este congreso se reunió en Tucumán entre los días 26 y 29 de julio de 1941 bajo la advocación de Alberdi, el gran repúblico tucumano, así como se había celebrado antes el primer congreso en Buenos Aires teniendo como insignia la figura de Hernández y el segundo en Córdoba bajo el patrocinio sentimental de Lugones.

La pequeña obra, cuidadosamente impresa en los talleres gráficos de la Editorial Castellví, es una interesante contribución al estudio de las agrupaciones literarias de la República Argentina e incluye algunas fotografías que en razón del tiempo transcurrido y de los escritores que aparecen en ellas —algunos ya en el país de los muertos— adquieren un significado sentimental; contiene también atractivas reflexiones sobre la ciudad de Tucumán en las que no falta el emotivo recuerdo de la Casa Histórica del 9 de Julio de 1816.

Concebida en una época tan distinta de la presente y sobre una Argentina que, como los versos de Manrique, nos parece un tiempo mejor, esta pequeña obra es como un pedazo del pasado que se presenta a nuestro recuerdo con la aforanza de un mundo que no había entrado todavía en el recinto de la era atómica. Surgen, a través del estilo agradable y plástico de Capitaine Funes, las figuras de muchos exponentes de nuestras letras, algunos de los cuales hoy sólo viven en sus libros o en las colecciones de los diarios o de las revistas literarias; aquí dentro se mueven las siluetas de Fernán Félix de Amador, de Raúl Padilla, de Pablo Rojas Paz, de Alberto Gerchunoff, de Aleides Greca, de José Gabriel, como en aquellos días mejores de su peregrinación entre los vivos. Y por eso estas impresiones del Tercer Congreso de Escritores, sencillamente escritas como las notas de un libro de viaje —un viaje por la vida— ofrecen un testimonio de interés para la historia de nuestra literatura, como lo ofrecen las memorias y los relatos de un espectador del drama de nuestro tiempo.

Domingo Sabaté Lichtschein

Historia del Gral. Viamonte y su época, por ARMANDO ALONSO PIÑEIRO. Carta prólogo de Carlos Sánchez Viamonte. Buenos Aires, Mundonuevo, 1959. 418 p. 6 láminas. Apéndice de 53 documentos.

Ya el título del libro —*Historia del Gral. Viamonte y su época*— excede a su contenido. El autor nos ofrece los sucesos pormenorizados de que fuera protagonista el prócer de Mayo, deteniéndose con preferencia en los fastos militares, mas soslaya esa realidad social que

dicho título autorizaría a exigir. Por lo demás, a pesar del papel descollante del general Viamonte en períodos capitales de la historia patria, tal vez, no sea cabalmente exacto asignarle la suma y compendio de ciclo alguno. Merecía, sí, un estudio de envergadura y son útiles y novedosos los capítulos relativos a su actuación en las invasiones inglesas, en la semana de Mayo, en el ejército del Alto Perú y al frente de la primera magistratura de Buenos Aires. Su intento de reforma agraria, la defensa del patronato y el establecimiento de un registro civil sin exclusiones religiosas, entre otras medidas de gobierno, lo señalan ciertamente al encomio de la posteridad .

Trayectoria humana al fin, no alcanza siempre a la de Viamonte el permanente ditirambo que le dedica el señor Alonso Piñeiro. En vano será todo intento de justificar la guerra llevada por el Directorio contra los pueblos del Litoral. Si Mitre mismo renunció a ello, resulta sorprendente tal empresa en un investigador de nuestros días. Y mucho más, cuando después de la ingente labor esclarecedora de historiadores argentinos y uruguayos —Emilio Ravignani, Pablo Blanco Acevedo, Eugenio Petit Muñoz, Edmundo Narancio, etc.— se acuda al menegado *Bosquejo* de F. A. Berra y a la discutida *Historia* de Vicente Fidel López para enjuiciar al fundador de la nacionalidad vecina. Dicho Berra en su polémica con el escritor Carlos María Ramírez confesó los errores de su volumen formado con artículos periodísticos escritos en sus años de estudiante secundario. En cuanto a Vicente Fidel López, son conocidos suficientemente el alcance y dimensiones de sus inexactitudes históricas.

El espacio de que disponemos no nos permite acotar el total de los conceptos erróneos que pululan en los capítulos VIII y IX. Antes de mencionar algunos de ellos, volveremos contra el propio autor una frase suya, que estampa en página 120: "Pero el eterno error de no intentar agotar el tema, evitando otras consultas documentales y desdennando terceras conexiones con un hecho determinado —vale decir la simplificación de la historiografía— produce críticos apresurados". En efecto: si hubiera consultado papeles existentes en nuestro máximo repositorio nacional y en los archivos provinciales, así como los trabajos de los uruguayos Setembrino Pereda, Edmundo Favaro o José María Traibel, el Diario del santafecino Manuel Ignacio Díez de Andino, la Memoria de Domingo Crespo, los *Apuntes* de Urbano de Iriondo, los libros de Ramón J. Lassaga, Manuel M. Cervera, Hernán Félix Gómez (*El General Artigas y los hombres de Corrientes*), Ernesto F. Celestia (*Federalismo Argentino*), etc. etc., muy otra sería su apreciación de aquel momento histórico. Es hoy anacrónico oponer los ideales "artiguistas" a los "argentinos"; faltar de todo asidero, acusar a Artigas de haber provocado la invasión portuguesa (!) e impropio de un historiador, tratar como a enemigos portales a figuras gloriosas del pretérito.

No se contribuye, por cierto, al mantenimiento de buenas relaciones con los países hermanos al llamar *caudillo bárbaro*, *perjuro* e *infatuado montonero* al prócer oriental; al referir la *hipocresía de su palabra mentida*; al calificar de *criminal* su abnegada conducta; al aludir al *vandalaje oriental* y a la *telaraña agazapante de sus maniobras mortales*, etc. En parecidos términos se ensaña el autor contra Estanislao López, el adalid de la autonomía santafecina. Sin embargo, José Gervasio Artigas tiene estatua en Santa Fe y en Concepción del

Uruguay y un bello monolito memora la heroica resistencia de los suyos en el Ayuy.

Moderno defensor de los intereses porteños, el autor juzga "absurda", "inquietante" y "utópica" la independencia a que aspiraban Entre Ríos y Corrientes respecto de Buenos Aires y traza un panorama parcial de la primera región, pues, lo aprecia simplemente desde el punto de vista militar, además de caer en graves errores. ¿Qué es eso de *cabildo provincial*, cuyo establecimiento atribuye a Viamonte? En la zona que con el tiempo correspondió a la provincia de Entre Ríos funcionaron cuatro cabildos antes de 1814: los de las villas de Concepción del Uruguay, Gualaguaychú y Gualaguay, desde sus orígenes, y el de Paraná, instituido en 1813. Y preocupado por las disputas de Viamonte con Valdenegro, el autor omite todo ese doloroso cuadro representado por la resistencia del pueblo entrerriano contra el mandatario impuesto por la ciudad del Plata. Huelga decir que Juan José Viamonte no figura en la galería de gobernadores de Entre Ríos.

Asimismo es exagerado tildar de "primer pacto interprovincial argentino" al armisticio provisional de Santo Tomé, simple convenio de suspensión de hostilidades entre dos jefes militares, donde ni siquiera se menciona el reconocimiento de la existencia autónoma como provincia, que Santa Fe disputaba obstinadamente al poder central.

Beatriz Bosch

La resurrección de las ciudades muertas, por MARCEL BRION.

Traducción del francés de Mario Calés. Buenos Aires, Librería Hachette, 1959. 542 p. Prólogos de C. Conteneau y René Grousset. Solapa de Roberto Segre. Sobrecubierta de Páez Torres.

El escritor francés Marcel Brion, consagrado por excelentes biografías de Miguel Angel, Lorenzo de Médicis y Teodorino, abordó el problema arqueológico una década atrás. Obtuvo entonces particular acogida en el gran público al que se dirigía, motivo por el cual volvió a reeditarse la obra el año anterior, vertida la misma ahora correctamente al castellano por Mario Calés. Con el auxilio de copiosas fuentes informativas, seleccionadas y puestas al día con rigor metódico, el autor proporciona un cuadro general, claro y preciso, destacando las líneas fundamentales en un panorama que abarca cuatro continentes. Dos autoridades en la materia —G. Conteneau y René Grousset— avalan la alta calidad de la labor cumplida.

Los extraordinarios progresos de la arqueología desde mediados del siglo anterior hasta comienzos del que corre se detuvieron bruscamente durante la segunda guerra mundial. Dificultades de todo orden en cuanto a transportes y relaciones internacionales, paralizaron la actividad en los campos de excavaciones. Afirma Marcel Brion que "desde el año 1939 no se ha realizado ningún descubrimiento notable, al menos en el cercano Oriente, porque en Asia Central, en la India y en China fueron explorados nuevos lugares que trajeron nuevas dudas so-

bre muchas de las cosas que antes se juzgaban indudables''. Respecto a la civilización, el arte y las formas de vida social en Egipto y Mesopotamia no espera mayores revelaciones; piensa, en vez, que quedan descubrimientos por hacer en el terreno de la lingüística y de la historia de las religiones del Irán, Rusia, Asia central, China e India. Falta bastante por explorar en estos dos últimos países y en el Cáucaso, donde es posible "que se sorprenda el punto común de partida de las civilizaciones orientales y occidentales''. En ciertos lugares —en China, p.e.— el culto de los muertos ha impedido el avance de las excavaciones, mientras en América y en Africa, la selva oculta todavía insondables misterios.

Aunque generalmente se considera a la arqueología una ciencia muerta, Marcel Brion la presenta aquí como ciencia de la vida por excelencia. Porque nos informa con exactitud sobre el aspecto, las costumbres y la conducta del hombre del pasado. Gracias a ella se resucita un mundo perdido. Resulta paradójal que dicho conocimiento deba partir del estudio de los sepulcros.

La técnica y el simbolismo funerarios juegan un papel considerable en la historia de la civilización. La costumbre de enterrar el cadáver con los objetos de uso diario del muerto arroja plena luz sobre la vida cotidiana del más remoto ayer. Las excavaciones de tumbas aportan además conocimientos a la historia de la literatura, del arte, de la medicina, etc.

En capítulos sucesivos el autor pasa revista a la técnica de las excavaciones, a los obstáculos puestos por los indígenas y por ciertos fanáticos y a la gran ayuda representada en la actualidad por la aviación y la fotografía aérea; recuerda las cualidades ideales, en lo físico, moral e intelectual, que han de adornar al explorador y señala el papel del azar en el éxito y la fortuna de los hallazgos. Marcel Brion deja de lado aquellas regiones arqueológicas que, como Pompeya y la península helénica, pasaron hace tiempo al dominio del turista y se detiene en las que se han revelado más recientemente.

Ya en materia, el libro nos depara la historia del problema sumerio, poniendo de resalto cómo las investigaciones arqueológicas toman incremento en Irak cuando el país entra bajo el mandato británico. Análogo proceso se verifica en Siria por obra del mandato francés, luego de la guerra de 1914-18. En la antigüedad Siria fue el punto donde se cruzaban los productos de Oriente y Occidente.

Palestina, Persia, Egipto, Creta, Chipre y los hititas constituyen el tema de otros tantos capítulos, plenos de interés. No lo son menos los dedicados a los orígenes de la civilización china y a la prehistoria de la India; a las etapas centrales de Asia y a Indochina; a las ciudades muertas de Africa, a la isla de Pascua y a las culturas de América precolombiana.

El detenido estudio de los restos arqueológicos permite al autor reconstruir complejos núcleos urbanos, mostrar la belleza de las obras de arte y discutir hipótesis etnográficas a la luz de los últimos descubrimientos de sabios y exploradores de distintas nacionalidades. Un estilo ágil, colorido y vivaz anima la exposición a lo largo de veinte densos capítulos, a cada uno de los cuales corresponde una sumaria bibliografía.

Beatriz Bosch

Siete arqueólogos, siete culturas, por FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA. Prólogo de Luis Pericot. Buenos Aires, Hachette, Nueva Colección C.fo, 1959. 932 p. 217 figuras intercaladas en el texto; 65, fuera de texto. Solapa de Osvaldo F. A. Menghin. Tapa de Páez Torres.

No es frecuente en nuestro medio la aparición de obras de envergadura que ofrezcan tantas excelencias reunidas como las que nos depara ésta del insigne director actual del museo de La Plata. Destacado hasta ahora por sus trabajos sobre los pueblos americanos primitivos, el autor nos sorprende aquí al tratar con pareja autoridad similares cuestiones del viejo mundo. Fruto decantado de largos estudios, traza el libro la evolución de la disciplina arqueológica a través de siete biografías de los descubridores de otras tantas culturas. Método singular que requiere anuar al dominio erudito dotes literarias nada comunes, circunstancias ambas felizmente cumplidas.

Un idioma rico y vivaz es vehículo adecuado para mostrar en páginas amenas y coloridas y sin alejar del rigor científico, las alternativas raras veces plácidas y a menudo dramáticas de unas vidas entregadas por entero al dilucidamiento del pretérito de la humanidad. Ubicadas gradualmente y elegidas con justeza, ellas marcan hitos en un camino que el lector recorre ávido, atraído y fascinado, como ocurre con las obras perdurables. No en vano el arqueólogo español Luis Pericot saluda en el prólogo al "magnífico libro" del colega argentino "...que sea la obra de un autor hispanoamericano —agrega— nos causa intenso gozo. Muestra la desaparición de fronteras científicas y la unidad cada vez mayor en la formación y tono de los investigadores de los diversos continentes".

Aclara el doctor Márquez Miranda que su libro no es de "vulgarización" sino de "difusión, de alta difusión científica", escrito por un arqueólogo profesional que ha sabido en carne propia de fatigas y empeños en su carrera, así como de los goces del descubrimiento. Quiere destruir el concepto de que la arqueología sea ciencia aburridora y reclama eximias cualidades en su ejercicio. Expresa a propósito con sano énfasis: "Todo arqueólogo auténtico es un salvador de vidas, un rescatador de existencias devoradas por el tiempo, de culturas sumidas en el olvido. El que no recuerda esa finalidad última y la deja de lado hasta cuando escribe una mera monografía descriptiva, no pasa del estado inferior de "cacharrólogo" por mucho que se afane en demostrar lo contrario".

Encabeza la corta serie de biografiados el precursor Boucher de Perthes, con quien nace la arqueología prehistórica. Le siguen Emile Cartailhe, el descubridor del arte paleolítico europeo; Adolfo Schulten, el sabio catedrático de la Universidad de Erlangen, al que se debe el conocimiento de antiquísimas ciudades españolas: Numancia y Tartessos; Flinders Petrie, el sufrido inglés que excava en las arenas de Egipto pueblos, tumbas y palacios; Jacques de Morgan, el francés que completa el estudio de la prehistoria egipcia y revela la de Susa; Enrique Schliemann, el alemán que labra una fortuna antes de satisfacer sus ansias culturales y la destina luego a la exploración de la Troya homérica; Arturo Evans, en fin, elevado a las dignidades nobiliarias cuando desentraña el misterio de Creta.

Por sus dimensiones materiales —superior al centenar de páginas— cada una de dichas biografías implicaría un libro completo. Y lo son cabalmente por su denso contenido. La progenie familiar e intelectual, las desazones y los triunfos del espíritu, la búsqueda sobre el terreno motivan prolijas notas y animan dinámicos pasajes. Notables capítulos encaran en su oportunidad temas capitales de la materia, entre los que mencionaremos el arte rupestre, el problema de los dólmenes, el origen del alfabeto, la polémica sobre Tartessos, los ritos, el arte y la cronología minoica, etc. A este respecto es reconfortante y auspicioso comprobar cómo el autor incorpora el aporte reciente de cuatro estudiosos latinoamericanos —Alfonso Reyes, Luis Franco, Juan Carlos Ghiano y Damián Carlos Bayón—, cuyos sutiles enfoques alumbran puntos todavía inciertos de la cultura cretense.

Copiosas fuentes bibliográficas puestas al día y utilizadas con severo método y lúcido discernimiento, proporcionan una amplia visión de las cuestiones, a las que por su número y alcance sólo podemos aludir someramente. Honra a la cultura patria la salida de un libro tal, índice de segura madurez intelectual.

Beatriz Bosch

Vacaciones a cualquier precio, por PIERRE DANINOS, (traducción de Enriqueta Muñiz). Dibujos de Jacques Charmoz. Buenos Aires, Hachette, 1958. 222 p.

Cada vez se da con mayor frecuencia la paradoja: el hombre actual debe “descansar de sus vacaciones”. Ya se ha convertido en un mito la confianza con que antaño se partía hacia un centro turístico cualquiera en busca de tranquilidad y solaz. “Vacances a tous prix” de Pierre Daninos recoge en páginas de humor finísimo la persecución de lo maravilloso por un turista que puede ser el prototipo del angustiado viajero internacional, siempre en pos de lo que han visto los demás.

El análisis penetrante del Mayor Thompson y la ironía tan elegantemente francesa del señor Pochet parecieran ponerse de acuerdo en esta oportunidad para fundamentar un pequeño léxico de vacaciones, catálogo del perfecto viajero, muy ilustrativo sobre datos importantes como la época más propicia para el viaje (“la época más conveniente para visitar un país se sitúa un poco antes o inmediatamente después de la que uno ha elegido”), el idioma extranjero y otras particularidades interesantes como los ritos de la llegada al hotel, la partida y las formalidades de aduana.

Con similares recursos a los que empleara en los momentos más reidores de “Los cuadernos del Mayor Thompson” y “El secreto del Mayor Thompson” —y que le aseguraran su éxito— divierte aquí al lector confeccionándole un “bachillerato” del turista de 1970, sin olvidar la fórmula para “probar que se ha viajado”; para ello transcribe diálogos sorprendidos en oficinas de Turismo y trenes de pasajeros. Estos recursos, siempre eficaces en la pluma fértil de Daninos, son el uso de la paradoja continua, del contraste bruceo y agresivo, de la aparición del elemento “sorpresa” a cada paso del comentario. Consecuente con su estilo, acostumbra al lector a esperar estos contrastes, en tal forma prodigados que consti-

tuyen una de las singularidades más reiteradas de su manera de expresarse. Con regocijo nos regala la descripción de una boda zulú, en el corazón del Natal, muestra del codiciado "color local", en la que no falta ninguno de los personajes clásicos: el brujo, los desposados, los bailarines que caen en trance...; para desencantarnos finalmente con la confianza de un funcionario: "Por supuesto, se trata de una boda fraguada", y el comentario de otro: "La mayoría de los collares que ve usted ahí, están fabricados en Checoeslovaquia"...; episodios que le permite concluir, con su ironía habitual: "Los viajes forman a la juventud y refuerzan el escepticismo de los adultos..."

Según Daninos, las vacaciones involucran una suerte de combate para el que hay que prepararse a conciencia, sin desdeñar ni el seguro de vida; y economía, admitiendo la utilidad de ciertos "slogans" como "¡Prepárese a su mujer para ser viuda!" o "Soñé que había muerto".

El tema es misceláneo: hoteles, "placeres de la ruta", paisajes. Respecto a estos hoteles, donde frecuenta la compañía de seres concebibles solamente como turistas, expone datos sabrosos sobre el servicio que a menudo "sufren los viajeros". "Las alegrías del automóvil" resume las vicisitudes del hombre contemporáneo en la ruta; aferrado al volante de "su" coche —discutida conquista de la humanidad civilizada— lo convierte en otro apéndice corporal, como que habla en primera persona cuando a él se refiere: "Hago 14 Km. por hora... Consumo diez litros cada cien kilómetros... Los cambios me responden que es un gusto", curiosidades de la expresión idiomática con que el hombre de la época pretende llevar el automóvil "en la sangre".

Todos los parajes, desde la abrupta montaña hasta el desierto grandioso, desfilan en los bulliciosos comentarios, con frecuencia en la sensiblería del señor Pochet, que reaparece como espectador de las corridas de toro o protagonista de las aventuras del esquí. Ese esquí que deja de ser un placer para transformarse en asunto de vida o muerte en la agitada faena del turista: "To esquí or not to esquí" es la cuestión; sus peripecias culminan con las delicias del teleférico, cuando el apacible artefacto se detiene tendenciosamente sobre el abismo.

El ritmo del libro es vertiginoso, de calidoscopio; el autor salta aquí y allá matizándolo todo con observaciones que provocan hilaridad; y en tanto nos habla del paisaje surge como telón apropiado la fisonomía espiritual de los pueblos, reflejada aún a su pesar en las costumbres, ritos, idioma y manera de comprender y aceptar esta vida.

"¡Terminan las vacaciones! ¡Viva la libertad!", es la conclusión a que llegan el turista y Daninos luego del laborioso trajinar en busca de la paz y el descanso. La obra participará sin duda de la acogida dispensada a las anteriores del autor; como ellas, encierra una crítica sana a la existencia de remolino en que nos sumerge la sociedad contemporánea, lamentablemente alejada de aquel saludable "ocio helénico" tan fecundo en placeres del alma, ver, conocer, practicar todo lo que han practicado los otros turistas, pero no para satisfacer una exigencia de belleza, no para gozar del paisaje por el paisaje mismo y quedar él absorto y rendido, sino para colmar su vanidad e integrar la legión de quienes "han visto mucho mundo", con seguridad sin contemplarlo con los ojos del espíritu.

Iris Estela Longo

Vida de Toulouse-Lautrec, por HENRI PERRUCHOT. Buenos Aires, Librería Hachette Colección "El Mirador", 1958. 304 p. 40 láminas, 10 ilustraciones.

Vincent Van Gogh y Henri Toulouse-Lautrec fueron compañeros en el arte y en la tragedia. Ambos murieron prematuramente, a la misma edad: Van Gogh con una bala en el pecho, en la culminación de una crisis total; Toulouse-Lautrec habiendo quemado sus días en un intento no menos suicida de agotar una existencia consombrecida por el drama físico. Henri Perruchot se asoma a la agonía de ambos.

La "Vida de Toulouse-Lautrec" aspira a desautorizar las leyendas que en torno a la figura del pintor del Moulin Rouge ha creado la imaginación popular. Sin duda la existencia atormentada del "ena. no genial" incitaba al vuelo de la fantasía. Vida de desorden, a menudo absurda en la anécdota que recoge el autor, es contemplada reiteradamente desde un ángulo, riesgoso para defender la absoluta veracidad del relato: el enfoque es el sensualismo de Toulouse-Lautrec. Henri Perruchot hace girar sobre su apetito sensual y su ruina física gran parte de la obra. Este enfoque, aparentemente el que más adeptos gana en la historia de la biografía, a juzgar por la acogida que le dispensa el lector —lo cual no habla muy en su favor—, ha sido minuciosamente aprovechado esta vez.

Situada así, la narración conlleva naturalmente a describir el París de fin de siglo, galante y licencioso, el ambiente de Montmartre, paraíso de la juerga, los cabarets de los Champs-Élysées, donde el artista encuentra la tabla a la cual asirse en su itinerario de naufragio social.

Mas el autor sostiene en el prólogo su respeto por la verdad, afirmando que no ha hecho concesiones a la novela, ni traspuesto los límites de la realidad. En el afán de ser veraz, no se ahorró esfuerzos y cotejó, confiesa, todo lo que se ha escrito sobre su personaje, hurgando en todos los documentos a su alcance. Recogió confidencias de algunos sobrevivientes que trataron a su héroe y frecuentó hasta los lugares en que vivió, informándose, además, sobre mujeres y hombres singulares de la época. Testimonia esta última preocupación la biografía de La Gouloue, célebre bailarina del París de la decadencia moral, que constituye una de las páginas convincentes del libro.

A partir de su nacimiento en Albi —"Diex lo volt": tal la leyenda del escudo familiar— Perruchot historia los estudios del pintor en el Liceo Fontanes de París, interrumpidos por la inquietud creciente que la endeblesz de su físico origina en los progenitores. Princeteau, sordomudo de nacimiento, lo deslumbra con un taller que le significa su virginal asomo al mundo del arte. Este descubrimiento se traduce en apasionados esbozos de caballos, jinetes, perros y pájaros. Después, entre los raros goces, el drama de la primera caída, la rotura de huesos que ceden para convertirlo en un inválido. "¿Quién osaría llamarle, a los quince años, "Petit Bijou", como en la infancia?", anota conmovido el autor. La brusca transformación que ha sido objeto de tantas teorías, lo impulsa a afeerrarse a la pintura "como a un madero que flota", y por compensación, a insistir en el diseño de figuras cuya característica común es el movimiento, figuras de una fuerza arrolladora.

Otra vez en París, es atraído por las escenas de costumbres que Jean

Louis Forain capta al vuelo en los cafés-concierto o en los music-halls; en tanto, sus maestros Bonnat y Cormon llenan los claros previos a la búsqueda de lo personal. Luego vienen los temas, en Montmatre, para que se cumpla aquello de que "La pasión del pincel no es en él más que la pasión de lo humano": Le Moulin de la Galette, hombres y mujeres signados con taras donde percibe el estigma de su vida; febril actividad del lápiz que trabaja agitadamente en cada velada, para anotar con fidelidad lo que ve. Sin ternura pero sin crueldad, con la ironía friamente exacta de quien nada tiene ya que perder. Cabarets como el Mirliton, donde la gente se complace en dejarse insultar, resucitan con gracia en la evocación de Ferruchot. Es el París de las cuadrillas, del torbellino y el frenesí de la danza, reflejado en L'Elysée, Le Chat Noir, el Moulin Rouge con sus aspas bermellón que giran en el 90 del boulevard de Clichy. El Moulin Rouge, verdadera "feria del amor", cuyo affiche publicitario consagra a Lautrec en París (La tela, que representa a los cotizados bailarines La Gouloue y Valentín, entra en el Louvre).

Aunque también hay críticas acerbas: califican su arte de "amargura, fiebre e impudor". Porque la mayoría de sus temas provienen ahora de los tugurios, como un acto de venganza contra el sexo femenino. Según su biógrafo, iguala a las mujeres, declarando su preferencia por las de vida licenciosa, que valen por las que lo rechazan.

Paralelo, deviene el impresionismo, con el grupo de los "Veintistas". "Sólo la figura existe", sostiene con énfasis; es la confesión de su desdén por la naturaleza, que lo ha traicionado. Acosado por la enfermedad y la locura, dipsómano incurable, abandona la pintura; cuando fracasa su exposición en Londres, acepta, conscientemente, "hacer naufragar su vida". Al partir del asilo de alienados de Neuilly, se precipita el período final, el de la declinación de su espíritu, de un espíritu que sostuvo durante treinta y siete años la miseria del cuerpo. Ferruchot rescata admirativamente su talla moral: "Su vida fue un drama, una tragedia llevada hasta su término con pleno conocimiento de causa, pero con tal discreción, con tal horror por la piedad —pues ese renacuajo fue en toda la amplitud de la palabra, un gran señor—, que hasta aquéllos que lo "ataron no siempre presintieron su dolorosa amargura".

Numerosas reproducciones de las obras del pintor hacen más atractiva esta edición que la Librería "Hachette" presenta en su colección "El Mirador".

Iris Estela Longo

La Pálida Rosa de Soho, por LUISA MERCEDES LEVINSON. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1959. 136 p. ilustraciones de Juan Batle Planas.

Con estilo enérgico y elegante, Luis Mercedes Levinson ha compuesto un libro de realidad y fantasía, donde criaturas alucinadas se enfrentan en el mundo extraño de dieciocho relatos parejamente logrados. La cuentista crea situaciones auténticas o inverosímiles en territorios de la patria y cosmoplitas, dentro de un marco inestable en que lo inexorable juega un papel casi siempre sombrío.

Juan Carlos Ghiano apunta en la cubierta un subtítulo para los relatos de la autora: "Historias de amantes y de muertes". En la tradición estilística de los cuentos de "locura y de muerte" se ubica con sabiduría Luisa Mercedes Levinson, reconociendo tácitamente al maestro en uno de sus cuentos del Litoral. Temas fascinantes y un lenguaje de increíble naturalidad jerarquizan esta atrayente compilación de relatos, alguno de ellos ya conocido a través de las páginas dominicales de "La Nación".

Ordenadamente escindidos en cuatro grupos, conforme al lugar de desarrollo de la acción y a la naturaleza de la situación en cuanto real o ficticia, las historias se intitulan Lejanas, del Litoral, Sucidadas o Fantásticas.

"La Pálida Rosa de Soho", que abre el libro e ilustra suficientemente sobre la calidad de las narraciones siguientes, en un esbozo dramático conducido con ritmo cinematográfico, dicho con pocas palabras, sugerido más que explicado, a través de caminos transversales y con aparente desprotección, aunque en una línea argumental prolija. La acción gira en torno al inevitable triángulo sentimental: Norman W. Murchison J., abogado de los estudios Murchison and Co., Whippety Dick, cockney de raza y violinista callejero, que sueña con Pálida Rosa, prostituta de Soho. Con dos trazos concisos la autora da vida al conflicto: Norman W. Murchison debe casarse con Edith Fairchild, que vive en Hampton Bridge y es hija de uno de sus clientes. Pálida Rosa tintinea su manojito de llaves en una lóbraga esquina de Soho, en tanto suspira con una granja en la América del Sur. Hay un encuentro con Norman y una promesa de regreso: la promesa se cumple, una vez y otra. Pálida Rosa sueña ahora con una chimenea de mármol con leños ardiendo, en el Londres de Norman. La voz se corre: Pálida Rosa desdeña a otros clientes; mientras, Whippety Dick adelgaza paralelamente. Un viernes, Norman va al encuentro absorbente: ella ha desaparecido. Cuando su cuerpo es encontrado en el río, con huellas de dedos en el cuello, el jurado de doce vecinos —alguno de ellos eventual cliente de la víctima— deberá decidir si Whippety Dick será o no ahorcado.

Anota sagazmente Ghiano que Luisa Mercedes Levinson "no juzga a sus criaturas". Exacto, deja que las juzgue el lector; pero ella las signa con el pormenor culpable, con la observación necesaria. A Edith Fairchild la acusa indirectamente Norman con una reflexión inocente: "Esa risita de Edith cuando se le pregunta algo, ¡es porque lo quiere o porque no lo quiere! ¡Por qué habla siempre de Bristol, de la casa de los Dell y del auto de John!". Y acusa a Norma, cuando describe su reacción ante la muerte de la amiga: "A grandes pasos procuraba alejarse de Soho lo antes posible y para siempre. El ya sabía que todos los problemas se solucionan alguna vez; de todas maneras, era demasiado bien educado para no agradecerse mentalmente a los dioses". Y en cuanto al asesino, un personaje dibujado con cuatro trazos finos: "Whippety Dick estaba cada vez más flaco; cambió la cerveza por whiskies dobles, y aunque daba puñetazos sobre la mesa, iba cobrando cierta melancólica dignidad. De perfil, a veces, se parecía a Lord Byron". ¡Lo condena! Con él se completa el conflicto de conciencias.

Es la suya una construcción de sugerencias, a menudo conmovedoras. ¿Tiene necesidad de explicarnos que Pálida Rosa se ha enamorado? Por un hermoso camino indirecto nos enteramos del vuelco sentimental: "Norman volvió el siguiente viernes, y el otro, y el otro. Rosa lo esperaba con una flor en el pelo". Simétricamente, en el desenla-

ce: "El cuerpo de Rosa Smith, conocida en el barrio de Soho como Pálida Rosa, fue encontrando dos días más tarde, con huellas de dedos en el pescuezo. Tenía, aún, una flor enredada en el pelo".

Los Cuentos Lejanos, de ambiente cosmopolita, interesan, pero es quizá en los Cuentos del Litoral donde la densidad dramática se expresa en escalonada intensidad, hasta culminar con "El abra", página violenta y de un colorido brillante. "Los dos hermanos", "La isla", "La niña Panchita", "La familia de Adan Schlager" son relatos igualmente convincentes, de un realismo audaz. Primitivos y recios, sus personajes obran impulsados por el instinto y pasiones extremas, condicionados sus actos por la sordidez de un medio salvaje.

La técnica es la de la mejor novelística actual: frases breves, sugerentes, y sobre todo acción, mucha acción. El lector de nuestros días pretende que no tiene tiempo para detenerse en la quietud de la descripción; la premura con que devora sus días se refleja también en su actitud para abordar un libro. Horacio Quiroga fue en ese sentido un precursor: presentaba de inmediato el hecho, el suceso a veces consumado, y luego describía el paisaje, cuando éste convenía para motivar la acción. "El muchacho" de las Historias Succedidas y "El minuet" de las Historias Fantásticas, aunque en planos distintos, constituyen páginas permanentes donde aparece lograda esta manera de construir, revelando la disposición innata de Luisa Mercedes Levinson para la creación estética.

Iris Estela Longo

Tres Domingos, por SUSANA BOMBAL. Prólogo de Jorge Luis Borges. Buenos Aires, Emecé Editores, 1957. 100 p.

Virginia Woolf prestigió un método original para narrar: la presentación indirecta de los acontecimientos a través de su reflejo en una conciencia; pormenores de los sentidos obstaculizando a cada paso el fluir de los sucesos espirituales. En "Tres Domingos", Susana Bombal se conduce con método similar. La conciencia receptora es Martín, sentimentalmente equidistante de dos mujeres: Laurita, su esposa —y por ello disminuida— y Frances, el ideal nunca alcanzado, por eso permanente.

Son tres altos en la realidad de un ser que vive enfrentado con el mundo, en sostenida actitud interrogante. El casi monólogo se divide en tres partes —una para cada domingo— que marginan siempre el conflicto, adivinado finalmente por el lector, a despecho de Martín y aún de su creadora, quien juega con el suspenso, desviando el hilo argumental hacia lo aparentemente intrascendente, como en la más endiablada intriga policial.

En un día domingo Martín rememora otros dos vividos cabalmente, uno para la revelación y otro para la tristeza, dualidad de sumisión y rebeldía. La aspiración a la felicidad en este mundo se diluye en el otro ideal, el de la pureza, de lo infinito. La decisión cabe en una sola palabra, definitoria del triunfo de lo eterno: "Dios...! sonó sobre el río, sin el pudor humano que se enrojece ante la referencia divina".

Susana Bombal se expresa poéticamente, con ininterrumpidas metafóras que la hacen "caminar con la cara del arte suspendida en la noche neblinosa y rosada..." y "ve las luces fundirse sin herir la forma azul del amanecer".

Jorge Luis Borges, en prólogo documentado, encuentra cierto paralelismo entre el relato de la autora y la Saga de Njál, escrita en Islandia en el Siglo XIII, cuya lectura deja la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde el comienzo, con muchas peripecias; como en "Tres Domingos", compensación esquemática que liga tres existencias en la encrucijada de una intriga sentimental.

Iris Estela Longo

El Río, por MANUEL RODEIRO. Córdoba, Tipografía Norfield, 1959.

La figura de Antonio, callada y taciturna, que desliza su adolescencia transida de preguntas sin respuestas, de oscuras angustias sin causas aparentes, por los sitios familiares del pueblo que se recuesta a las orillas del río, va uniendo estas estampas. El río, trajinando entre piedras y barrancas, es dueño de la vida y de la muerte, temido y querido apasionadamente por los muchachos, cuyas vidas pequeñas tienen en Manuel Rodeiro un testigo conmovido, recortándolas claras y diáfanas a través de un estilo depurado y rico, lleno de subjetividad y hondura, con líricas esencias que nos muestran a un escritor cada vez más dueño de su instrumento expresivo.

D. A. T.

Sobre las hadas, Ensayos de literatura infantil, por FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI. Buenos Aires, Editorial Nova, Compendios de iniciación cultural, 1959. 130 p.

La literatura para niños es un género difícil. La afirmación ha sido abundantemente repetida. La autora de este libro puntualiza las dificultades del género. "Derivan —nos dice en el capítulo destinado a estudiar la poesía de J. S. Tallon— de un desajuste entre escritor e infancia", producido a veces porque "aquél quiere dar a su público sólo conceptos fijos que pueden ser válidos en su cabeza y aún en su corazón, pero se empeñan en minimizarlos e infantilizarlos, y para ello usan de un lenguaje híbrido, que no es el del adulto y tampoco consigue ser el del niño. Otras veces el escritor, atento a la función útil que a su parecer debe tener esta clase de libros, trasmite nociones comunes de moral o retazos de una ciencia cuya entrada no franquea al lector sino en pequeñas vislumbres". "También se da otro tipo: el del adulto que copia las formas inertes del pensamiento y del lenguaje infantil, aberración que sólo

llega a entontecer a los productores; el niño se salva porque el hastío lo vence y desprecia esas lecturas pueriles”.

Pero por sobre los defectos de forma, el empleo de un lenguaje inadecuado, la insistencia en los lugares comunes de la moral, está la falta de virtudes artísticas del escritor que se pone a escribir para los niños. La carencia de específicas cualidades de sensibilidad e imaginación es casi la regla entre quienes se dedican a producir esta literatura en alas de un negocio editorial fácilmente hacedero, ya que se dirige a un público de exigencias mínimas, y casi siempre impune, puesto que la crítica literaria es en este punto inexistente.

¿Cuál es la razón de que ocurra esto, especialmente entre nosotros? Frida S. Mantovani, planteándose en el ensayo que comentamos (“Sobre las hadas”), si la literatura infantil existe o no como forma autónoma de literatura, recuerda el criterio de Benedetto Croce.

Croce rechazaba el concepto mismo de esta literatura por considerar insanalable la antítesis entre la libertad de su creador y el acondicionamiento que le exige su público. Es decir, que un presupuesto extra-artístico, su fin pedagógico, docente, vicarian en su origen la posibilidad de juzgar tales obras estéticamente. Concepto esteticista de la literatura que la producción de nuestra época invalida.

De hecho, dice la autora, la literatura infantil existe. Constituye una rama (pág. 23), “un apartado” (pág. 129) —la filiación es acertada— de la literatura fantástica. Allí se ubican cómodamente, en su propio ámbito de arte, “Alice in Wonderland”, “Pinochio”, “Peter Pan”, y tantos otros.

Pero la crítica no ha tomado en serio esta producción. No tanto en lo que se refiere a la ponderación de las excelencias — que de tanto en tanto se dan, cuando quien aborda el género es un escritor verdadero (H. Quiroga: “Cuentos de la Selva”; J. Martí: “La Edad de Oro”), sino en lo que es tan importante como eso, en el rechazo severo de las aproximaciones infructuosas que circulan al amparo de conocidos sellos editoriales, configurando desde su ángulo y a su modo, una de las variadas formas que asume nuestra “farsa intelectual”, según expresión de Angel Rivera.

Frida Schultz de Mantovani ocupa dentro de este campo modesto y marginado de nuestra literatura para niños, un lugar de privilegio que se ha ganado por su denodada y persistente voluntad de acercamiento a estos temas desde sus dos laderas: la creadora, y la crítica y teórica. Su labor de creación tiene un encanto poético ligero y penetrante y algunos de sus poemas y piezas teatrales (Perico, Perico, no quiere ser rico...”; “Mamá Mazapán”), son ya clásicos entre los niños y se cuentan entre lo mejor de nuestra literatura para la infancia.

La labor teórica es amplia y lúcida. Este libro reúne algunos de sus trabajos más importantes. Entre ellos el excelente “La Edad de Oro”, de José Martí, a nuestro juicio el más agudo y sagaz de la serie, “Vida y poesía de Juan Sebastián Tallon”, en donde se quiere tejer una historia alrededor de un hombre que “había inventado una rara poesía que en tono viril hablaba de la infancia”. El todo de fabulación que prevalece en este ensayo conspira —nos parece— contra el buen entendimiento del autor analizado y le resta rigor crítico.

En la “Biografía de las Hadas”, la autora realiza un “intento de justificación de las hadas” (pág. 18), rastreando el origen de estas “encarnaciones de leyendas”, situadas en la “edad oral del mito” (pág. 16),

y haciendo una exposición de su paso desde el folklore más antiguo de los pueblos a los cuentos para niños, siguiendo rápidamente la evolución de los mismos, desde Perrault a nuestros días.

En "La novela de aventuras" se analiza brevemente esta especie, su entronque con la épica, la novela histórica y la policial. El capítulo siguiente "El adolescente en la literatura" hace una somera revista de obras que tienen al adolescente como protagonista, tema de aparición bastante reciente en la literatura. Menciona, sin pronunciarse sobre sus méritos, los "testimonios de unas adolescentes excepcionalmente dotadas" (Françoise Sagan, Pamela Moore).

En "Los niños y la invención de la realidad", la autora se plantea la reaparición del tema de la infancia en el arte y el pensamiento contemporáneos, circunstancia que relaciona con los tiempos que nos toca vivir, y refiriéndose concretamente a nuestro país, en esta hora que juzga "de reconstrucción de la casa derrumbada", exhorta a escritores y artistas a volverse hacia la infancia, "tierra de angelología diabólica... , país único, pero desconocido, una presencia que se esfuma cuando, como en el antiguo mito, el hombre se vuelve para ver si le sigue los pasos. La mano del niño ausente, que ya no gobernaremos más fue la que dibujó esa estrella y ese barco; nosotros vamos mar afuera y, sólo ese cartón nos dice adiós" (pág. 122).

Una nómina de "algo más de cien libros para niños" incluye novelas y cuentos clásicos y poesías de todos los tiempos, eludiendo la autora propositadamente, según su declaración, la referencia a libros actuales, criterio equivocado a nuestro juicio, porque entendemos que es perentorio actualizar las nóminas tradicionales, como ésta y rastrear entre la producción de nuestros días aquella que se acerca con mayor belleza y pulcritud, desde luego, a los intereses, apetencias y necesidades de nuestro niño de hoy. La infancia no es —y nuestra autora ha de convenir ciertamente en ello—, una edad acrónica, indiferente al sucederse de los tiempos. Los niños vibran y se condicionan como los adultos, a las demandas de las épocas que les toca vivir. Pretender hoy, época del cine, la radio, la historieta, la televisión, que un niño se demore en los larguísimo tomos de Alejandro Dumas, en las sensibleras historias de Malot ("Sin familia"), o de F. Hodson Burnett ("El pequeño Lord"), es ir a retro-tempo.

Y no será ciertamente labor pequeña y desdeñable el abordar la formulación de nóminas de material literario infantil teniendo en cuenta las realidades nuevas y apasionantes en que el mundo se abre al asombro de los niños.

Delia A. Travadelo

Los métodos de la Psicología, por LUIS M. RAVAGNAN. Buenos Aires, Nova, 1959. 94 p. (Colección de iniciación cultural).

Hablar de métodos referidos a una ciencia particular obliga, necesariamente, a una caracterización de la misma, ya que es condición fundamental de todo método el ser adecuado a la naturaleza del objeto al cual se aplica. Necesitamos, pues, ante todo, conocer la naturaleza de ese objeto.

Desde que en el siglo pasado se erigiera en ciencia independientemente, la psicología ha ido ampliando cada vez más su campo de estudio, separándosele diversas ramas, cada una de las cuales posee fisonomía propia. Por eso al hablar de psicología y de sus métodos debemos considerarlos así en plural, ateniéndonos a la pluralidad que la constituye.

El Dr. Luis M. Ravagnan, estudioso de la psicología, nos da en esta breve obra, en apretada síntesis, junto con el análisis de los métodos, un panorama de toda la psicología. Su punto de partida es la concepción que de los fenómenos psíquicos se tenía a fines del siglo XVII, la interpretación mecanicista de los mismos y las manifestaciones de esta interpretación en los siglos subsiguientes. La psicología de Herbart y la frenología de Gall son expresión de ella.

En el siglo XIX el autor señala dos etapas fundamentales: la experimental y la de las grandes concepciones. En la primera distingue dos momentos: la de la experimentación psicofísica y la de la experimentación fisiológica, agregando un tercer momento que correspondería al aporte de la experimentación de diversas escuelas, tales como la psicoanalítica, la de Würzburg, Binet y la de la psicología de la Forma. En la rama de las grandes concepciones destaca un grupo de raíz naturalista (Spencer y sus seguidores) y otro, opuesto, el de la psicología científico-espiritual, iniciado por Dilthey y continuado por Spranger.

Al considerar cada una de dichas faces el autor analiza las diversas concepciones que han aparecido en la historia de la psicología contemporánea y los métodos respectivos. Desde Weber —iniciador de la psicología experimental— hasta nuestros días, en que las concepciones estructuralistas, con sus diversas direcciones, abren nuevas perspectivas al conocimiento de los procesos que originan la conducta humana, Ravagnan nos presenta los distintos enfoques con claridad y objetividad. Estas características han de llenar cumplidamente la finalidad de iniciación cultural de esta colección de Nova al dar al lector no familiarizado con la psicología una visión general, sencilla y coherente.

Completan el libro tres ensayos, igualmente breves: "A propósito del hombre", interesante estudio acerca de las caracterizaciones que hacen al respecto Max Scheler en *El puesto del hombre en el cosmo* y Ernst Cassirer en su *Antropología filosófica*. En el segundo trabajo, "Ideas sobre el alma", el autor aborda la concepción de Messer sobre la "sustancialidad" del alma. En el último ensayo, "Esencia de la biografía", Ravagnan analiza los conceptos que Maximilien Beek desarrolla en su obra *Psicología, esencia y realidad del alma* y que pueden resumir en el siguiente: "Sólo pertenece a la biografía de un hombre aquello en que se manifiesta, no su individualidad anímica, sino su persona espiritual".

Lydia P. de Bosch

Acción y pensamiento infantiles, por EDMOND MICHAUD. Buenos Aires, Nova, 1959. 134 p. Biblioteca Nova de Educación.

Los aportes de la psicología genética, cuyo máximo representante es, sin duda alguna, Jean Piaget, así como los trabajos de Henri Wa-

llon y los de la Escuela de Ginebra, han permitido un profundo conocimiento de la mente infantil. Las implicaciones de este conocimiento han sido numerosas, tanto en el campo de la psicología, como en el de la pedagogía. Sin embargo estas implicaciones no se manifiestan ampliamente en la práctica; incluso en el terreno teórico, al menos entre nosotros, no han logrado mayor difusión. Reconozcamos en descargo de esta última afirmación, que de las obras de Piaget, cuyo número sobrepasa el centenar, sólo hay traducidas a nuestro idioma apenas una media docena.

Por ello el libro del eminente pedagogo y psicólogo francés Edmond Michaud, que ahora publica la editorial Nova, adquiere interés especial ya que en el mismo se reproducen muchas de las ideas de aquellos maestros, amén de desarrollar el autor su propia concepción acerca de la génesis del pensamiento a partir de los doce años; concepción bien distinta, por cierto, a la sostenida por la psicología genética.

En las "Observaciones preliminares" aclara Michaud el propósito de la obra: situar un problema limitado en el tiempo y su objeto. "Se sospechará en este libro —afirma— alguna segunda intención pedagógica o algún asomo de psicología práctica, no sin razón, por cierto, pues querría ayudar a quienes, un contacto cotidiano con los niños y jóvenes adolescentes, obliga a interrogarse sobre su acción educativa y especialmente en el dominio intelectual". Al referirse a la acción educativa no se limita sólo a la acción escolar, ya que la escuela es para él un ambiente, entre otros, tan importante, pero no más que el que ofrece al niño, al adolescente o al joven la vida extraescolar (en la familia, en las "bandas de niños", en los grupos espontáneos o provocados).

En el capítulo siguiente, titulado "Un problema de pedagogía", Michaud responde al interrogante: ¿precede el pensamiento a la acción o la inteligencia surge "en" y "por" la acción? La simple observación nos prueba que el *homo faber* precede al *homo sapiens*. Diariamente vemos que el niño actúa mucho antes de razonar. En esas acciones emplea también la inteligencia, pero una inteligencia práctica. La inteligencia abstracta no aparece sino en etapas posteriores.

El pensamiento conceptual es una construcción que tiene por base las experiencias directas con las cosas. La imagen, la representación de estas cosas, "está integrada así a un conjunto de acciones reales o virtuales, a un grupo de circunstancias arraigadas en el tiempo y en el espacio y en relación con un ser viviente que quiere, actúa y siente". El matiz subjetivo que señala aquí Michaud debe desaparecer en la representación, que busca ser impersonal, con validez universal.

En tal punto se plantea el problema en relación con la pedagogía: la inteligencia práctica y la conceptual, ¿se excluyen en las diferentes etapas de la formación del pensamiento infantil? El niño va a la escuela para entrar en contacto con el mundo abstracto. Sin embargo, cabe preguntarse, dice el autor, si el niño y también el adolescente, en sus representaciones, en su inteligencia reflexiva, no está impregnado de preocupaciones y de imágenes prácticas. Los fracasos escolares pueden originarse, en gran parte, en el hecho de que en la enseñanza se recurre, fundamentalmente, a la abstracción pura.

El alumno —niño o adolescente— llega al conocimiento tanto por principios racionales, como por esquemas prácticos. Es dicho proceso el que Michaud analiza en las tres partes en que divide el resto del libro

y que corresponden respectivamente a las tres etapas del pensamiento infantil.

En la primera parte toma al niño de seis a siete años. Con ilustrativos ejemplos tomados de trabajos de Wallon (*Les origines de la pensée chez l'enfant*) y de Piaget (*La représentation du monde chez l'enfant* y otros) estudia el pensamiento de esta etapa caracterizado fundamentalmente por el sincretismo, es decir, por la captación global de las cosas, anterior al análisis y a la síntesis. Es una etapa en que las cosas se definen por sus cualidades expresadas en movimientos o por "el uso"; en que la materia tiene vida, movimiento (Piaget llama "animismo" a esta última condición del pensamiento infantil); en que los objetos se captan en una sola "centración" y sólo a través del actuar y del manipular. Las nociones de espacio y tiempo, así como las relaciones causales, aspectos todos de la captación de las cosas y del mundo por el niño están igualmente teñidos de sincretismo y animismo, producto de su egocentrismo, el cual ha de superar en la etapa posterior.

En la segunda parte, que se refiere al período de los nueve a diez años, vemos cómo el pensamiento comienza a organizar las situaciones, pero pese a que ha sido quebrado el círculo del sincretismo, pese a que el pensamiento intuitivo ha dejado paso a las "operaciones concretas", aquél continúa siendo esencialmente pragmático. Las características del pensamiento de esta época son, entre otras, la tendencia a libertarse de las configuraciones perceptivas y personales; la "permanencia" de los elementos, lo que permite que el pensamiento se haga "reversible", es decir, que sea capaz de seguir la acción en su evolución inversa, primer paso para el análisis. Aquí Michaud utiliza, sobre todo, las experiencias relacionadas por Piaget en varias de sus obras (*La psychologie de l'intelligence, Les développements de quantités*, etc.). Todas las experiencias prueban que, aun en esta etapa, la extensión, la fluidez del pensamiento, así como las otras características mencionadas, se van conformando sólo y a través de la acción. En la primera etapa el esquema mental se logra únicamente en la percepción y en la manipulación; en la segunda, los dos planos, el motriz y el mental, se hallan imbricados el uno en el otro, lo que permite generalizar el esquema y aplicarlo a un conjunto de situaciones análogas.

Así, el pensamiento va esbozando su propio universo, se va independizando; pero, su independencia no es completa, ya que el obtenerla depende de los problemas que se plantean, los cuales deben ser concretos y referidos a objetos real o virtualmente manipulados. Es decir, que la inteligencia es aún experimental, instrumental, pragmática. El pensamiento formal recién se construye en la etapa subsiguiente.

Michaud llama a la tercera etapa "la hora de elegir". Corresponde a los doce años y a los inmediatos y es aquí donde discrepa con la psicología genética, con la que en general, coincide en las dos etapas precedentes. El planteamiento que hace con respecto a la última etapa tiene por punto de partida la siguiente proposición: sustituir la interpretación de una evolución rectilínea del pensamiento (sólo hacia el sentido formal) por la idea de una bifurcación, es decir, habría una elección entre dos formas de pensar diferentes. La diferencia residiría en los procedimientos, no en la naturaleza del pensamiento. Habría, así, una alternativa entre decidirse por la acción o por la definición. En tal sentido, el planteo de Michaud es completamente nuevo, "au-

daz'', como dice Debesse en el interesante prólogo a la obra que comentamos.

Para desarrollar su hipótesis Michaud se apoya en los resultados de las experiencias que realizara con niños de diez a catorce años y con adolescentes de catorce a diez y ocho. En general, son experiencias de clase sobre temas de aritmética, geometría, lógica y física, aunque algunos se extendieron fuera del ámbito escolar. Ellas le permitieron concluir que hay dos tipos de respuestas: unas, orientadas hacia la lógica formal, la hipótesis, la deducción; otras, encuentran un apoyo para sus reflexiones y una solución a sus dificultades en los esquemas prácticos. A partir de los doce años el pensamiento se construye en unos niños en sentido pragmático y en otros se hace fundamentalmente reflexivo, abstracto.

A través de las experiencias realizadas el autor analiza todos los procesos del pensamiento. Señala cómo una misma experiencia es interpretada racionalmente por algunos niños, mientras que para otros la experiencia común, el sentimiento son los únicos criterios válidos. Se opone así a la psicología genética, que sostiene que en esa tercera etapa el pensamiento sigue una única dirección, la de la lógica formal.

En el capítulo final resume Michaud sus conclusiones. Se pregunta si el análisis realizado puede servir para deducir las implicaciones pedagógicas que surgen de la relación acción-pensamiento. Insiste en la importancia que tiene la psicología para la pedagogía; y aunque la afirmación no sea nueva, cabe repetirla pues es la base de toda acción educativa.

Michaud admite el valor de la posición de Rousseau en cuanto el niño debe aprender por la experiencia directa y a través de los hechos, punto de partida éste de toda la "escuela activa". Pero, señala, citando a Delacroix, que, "cierto grado de desarrollo mental es la condición de la adquisición de la experiencia". Es posible que el niño pueda lograr a través del pensamiento lógico una visión pragmática de las cosas; pero, liberado a sus solas fuerzas, es muy poco probable que ocurra el proceso inverso. Y aquí expresa el autor en reflexiones que denuncian no sólo su gran capacidad de psicólogo y de pedagogo, sino también su calidad de pensador, cuál debe ser la actitud del maestro y cuál es el verdadero maestro, "profesional o no".

Michaud no da soluciones; enuncia y analiza problemas. En los mismos, la saludable renovación que necesita permanentemente la acción educativa puede encontrar su punto de partida. Por ello creemos que el propósito enunciado por el autor en sus "Observaciones preliminares" se ha de cumplir ampliamente. Mestros, psicólogos y todos aquéllos que desean acercarse y comprender al niño, han de encontrar en esta obra, pequeña en su tamaño, pero densa en contenido, clara y amena en su expresión, un material valioso de trabajo y estudio.

Lydia P. de Bosch

La arquitectura gótica, por HANS JANTZEN. Traducción de José María Coco Ferrari. Buenos Aires, Nueva Visión, 1959. 199 p. 49 figuras en el texto; 67 fuera de texto. Edición a cargo de Juan Manuel Bortagaray e Iván Hernández Largaía.

Resulta útil y oportuna la versión al castellano de esta renombrada obra del historiador del arte alemán Hans Jantzen. Se trata de un estudio serio y profundo del período gótico, que no sólo lo muestra en sus orígenes y en su esplendor, sino que compara sus magníficas realizaciones con la mentalidad arquitectónica de nuestra época.

Comienza el autor por llamar la atención acerca de la diversidad del arte gótico, cuyo denominador común "reside en una actitud fundamental propia del hombre occidental, actitud que determina su relación con el más allá —dentro de la fe cristiana— y con este mundo, en calidad de medio ambiente".

Ya en materia define Jantzen a la catedral y describe las tres "clásicas" —Chartres, Reims y Amiens— cuya individualidad arquitectónica reconoce. En capítulos sucesivos analiza las distintas partes: la nave, el coro y el transepto, considerando la luz y la técnica general. Pasa luego a los exteriores, a los portales y esculturas, motivo de interesantes reflexiones acerca de la idea del mundo poseída por los autores de tanta imaginería. Por último interpreta el sentido espiritual de la catedral como ciudad de Dios. Una "nota enciclopédica" historia la evolución del concepto de "arte gótico" desde el Renacimiento hasta el presente.

Escrito en estilo claro y objetivo, propio de un gran dominio del asunto, e ilustrado profusamente con diseños y fotografías, ofrece este libro un examen completo y actualizado de uno de los períodos más brillantes de la historia del arte.

F. S.

RESEÑAS INFORMATIVAS

Nocturno día, por ELÍAS NANDINO. México, Editorial Estaciones, 1959.

Una cita de Rimbaud, "Voici le temps des Assassins" y la dedicatoria del poema "Al hombre universal, fraternalmente", configuran el sentido del mensaje de estos versos vibrantes, en los que "un hombre solo, nada más que un hombre/pone el vuelo del amor explosivo en un poema", Poema contra la guerra, el odio, la inútilmente derramada sangre del hombre, los instrumentos de la destrucción, con citas de Albert Schweitzer, con apasionada iracundia, que lamentablemente no consigue objetivarse en una realización expresiva de pareja tensión artística.

Cancionero sentimental, por VICENTE TRÍPOLI. Ilustraciones de Raúl Roux. Buenos Aires, Ed. Francisco A. Colombo, 1958.

El poeta, "gorrión de acera", canta las cosas de su ciudad, Buenos Aires: las calles, el farol, algunos barrios —Barracas, El Alto, Nueva Pompeya, San Cristóbal, Boedo, Parque de los Patricios—. Las "Canciones del Paso Burgos" se cifien a un paisaje ciudadano querido y hondamente sentido, con barcos y río, en donde, entre recuerdos y evocaciones, el hombre se desliza "como si fuese una barca". Finalmente, los "Romances del buen paisaje", amplían la geografía lírica de este poeta que acierta muchas veces a entroncar la copla o el romance con la vena viva de la tradición popular.

Diccionario jurídico, por JUAN D. RAMÍREZ GRONDA. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1959. 301 p. (4ª Edición).

A los trece años de la anterior, aparece la cuarta edición de este vocabulario seleccionado con muy buen criterio y tendiente a facilitar la tarea de estudiantes y estudiosos de las ciencias jurídicas.

El presente volumen incluye el prólogo a la primera edición del profesor Carlos Cossio y las notas del autor a la tercera y cuarta.

Sangre nueva, por EDUARDO P. GSCHWIND. Buenos Aires, Ediciones Libertad, 1959. 223 p.

Libro de emotiva evocación es éste que el autor subtitula *Crónicas de la vida estudiantil de Santa Fe a fines del siglo XIX* y en cuyas páginas, escritas con prosa amena, se describen episodios vinculados con la vida del educando en el Colegio de la Inmaculada Concepción y se expresan diversas ideas con respecto a la enseñanza.

Los Iroqueses. Su sistema jurídico y su legado político a la democracia norteamericana, por RAMÓN F. VÁZQUEZ. Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1959. 171 p.

El celebrado autor de *Alma de América*, aparecido en 1941, reafirma con esta nueva obra su acendrada inquietud por el estudio del acervo vernáculo de nuestro continente.

En *Los Iroqueses*, Ramón F. Vázquez estudia diversos aspectos sociales, religiosos y jurídicos del gran pueblo indígena para demostrar la influencia que éste ha tenido en la formación de la democracia americana.

Silvia Martínez, por Pío PANDOLFO. Santa Fe, Castellví S. A., 1960. 162 p.

El desarrollo de esta novela se ubica en Santa Fe y su aldeaño Alto Verde, de donde surge la bien delincada figura protagónica, ejemplo de una recia voluntad femenina.

Como primera obra de tal género —el autor anuncia otras para el futuro— *Silvia Martínez* denota seguridad en la descripción y penetración psicológica en sus personajes, manteniendo su lectura el interés del lector a través de todo el desenvolvimiento de su trama.

Las emociones básicas del hombre, por MELANIE KLEIN y JOAN RIVIÈRE. Buenos Aires, Nova, 1960. 210 p.

Reúne este volumen tres de los principales trabajos de la doctora Melanie Klein, una de las más destacadas discípulas de Freud y entusiasta continuadora de su obra científica. En el primero de ellos (*Amor, odio y reparación*), escrito en colaboración con Joan Rivière, estudia algunos procesos inconscientes subyacentes a los actos y sentimientos diarios del individuo normal. En el siguiente (*Envidia y gratitud*) la autora trata de agregar nuevas sugerencias en lo concernien-

te a la más temprana vida emocional del niño y obtener conclusiones acerca de la edad adulta y la salud mental. Por último, el tercer trabajo (*Sobre el desarrollo del funcionamiento mental*), es una importante contribución la metapsicología sobre la base de conclusiones derivadas del progreso en la práctica psicoanalítica.

Esta obra, que enriquece la Biblioteca de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, tiene también el mérito de estar escrita en lenguaje sencillo.

Poemas. Cuaderno de la Dirección General de Cultura de la Provincia, 1. Santa Fe, 1960. 20 p.

En un opúsculo impreso con sobriedad tipográfica, la Dirección General de Cultura de Santa Fe ha reunido algunos poemas de tres jóvenes exponentes de la lírica santafesina: Leoncio Gianello (h), Hillyer Schurjin y Jorge Taverna Irigoyen.

La publicación, que responde a fines de difusión y que es la primera de una serie que el citado organismo se propone editar para destacar el quehacer literario provincial, lleva un breve prólogo del director de Cultura, señor Carlos E. Torres.

¿Qué es la música dodecafónica?, por HEBERT EIMERT. Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1959. (Traducción de Juan Pedro Franze y Francisco I. Parreño) 89 p.

Integrante del grupo de compositores alemanes que cultivan la música electrónica, el autor de *Teoría de la música atonal*, publicada en 1924, brinda con esta nueva obra un aporte importantísimo para el conocimiento de la técnica dodecafónica y su aplicación a la práctica de la composición musical.

Documentos para la comprensión de la pintura moderna, por WALTER HESS. Buenos Aires, Nueva Visión, 1959. 171 p. (Traducción de José María Coco Ferraris).

Excelente introducción a la pintura moderna, esta importante obra facilita la comprensión del movimiento plástico contemporáneo mediante el conocimiento directo del pensamiento de los mismos creadores de las distintas tendencias, desde el impresionismo hasta nuestros días.

El autor, en breves pero densas notas preliminares a cada capítulo (*Origen de nuevas concepciones plásticas; Fauvismo y expre-*

sionismo; Cubismo. Primera pintura abstracta; Futurismo; El Jinete Azul. La Gran abstracción; Abstracto. Absoluto. Concreto; Nueva realidad y magia de las cosas; Surrealismo; y Una voz en la generación más joven), trata de orientar al lector sobre las diversas corrientes artísticas, señalando los valores más esenciales que caracterizan a las mismas.

El volumen se completa con una valiosa tabla de orientación cronológica de la pintura moderna y una nutrida bibliografía.

De aquí..., por MIGUEL ANGEL PEREIRA. Salta, Talleres Gráficos "San Martín", 1959. 103 p.

Oriundo de San Salvador de Jujuy, Miguel Angel Pereira nos entrega una serie de estampas de su tierra. Desfilan el río Xibi-Xibi, el viejo pueblo de Yavi, la antigua casona del marqués de Campero, las termas del Palmar, el cerro azul de Zapla, los cañaverales de Ledesma, la quebrada de Humahuaca, la de los paisajes inolvidables. Hay páginas consagradas a la cosecha del tabaco, a los árboles jujeños, a los peones, al carrero. Se trata de prosa poética empeñada en evocar el suelo natal a través del cariño y el recuerdo, empeño logrado en muchos de sus trozos al hacernos sentir la lejana provincia norteña.

Argentina sin América, por ANSELMO GONZÁLEZ CLIMENT. Buenos Aires, Editorial Del Atlántico S. A., 1959. 219 p.

Son ya numerosos los autores argentinos que han tratado de auscultar nuestra realidad nacional y americana. Recordemos los nombres de Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, H. A. Murena, Víctor Massuh, para citar solamente a los más destacados. Anselmo González Climent intenta una caracterización de lo argentino a través de la urbe —Buenos Aires—, del país y de América. Aunque el autor se ha trazado un método riguroso, no siempre logra claridad en sus planteos. Sus conceptos se diluyen en un lenguaje demasiado construido, perdiendo eficacia el sentido de sus conclusiones. Sus páginas, no obstante, dejan la inquietud de conocernos mejor, no sólo en nuestra integridad como nación, sino también en nuestra proyección americana.

La crítica literaria, por CARLOS M. BONET. Buenos Aires, Editorial Nova (Compendios de Iniciación Cultural), 1959. 122 p.

En sus dos ediciones anteriores este estudio llevó por título "Apuntes sobre el arte de juzgar", que el autor ha reemplazado por el

actual, considerando que éste refleja mejor el contenido de la obra, meduloso y bien informado ensayo que historia la evolución de la crítica como verdadero género literario, desde la que denomina concepción hedonista, anterior al siglo XIX, hasta la "estilista", pasando por las sucesivas etapas de la crítica comprensiva, biográfica, determinista, evolucionista e impresionista.

Derecho y moral, por RUDOLF LAUN. México, Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional, 1959. (Cuaderno 5) 30 p.

Este breve volumen contiene el discurso pronunciado por el Dr. Rudolf Laun al tomar posesión de la rectoría de la Universidad de Hamburgo, en noviembre de 1924. A pesar del tiempo transcurrido, las palabras rectorales, sintetizadas en la afirmación *que el derecho no está en las leyes y convenios de papel, sino en la moral, en el corazón de los hombres*, conservan una viva actualidad.

Cuadernos de Poesía, del Ateneo Puertorriqueño. Nos. 7, 9 y 10. San Juan de Puerto Rico, 1959. 60, 66 y 107 p.

Contienen estos cuadernos cuidadosamente impresos, antologías de tres poetas puertorriqueños ya desaparecidos: Antonio Pérez Pierret (1885-1937); Antonio Nicolás Blanco (1887-1945) y Jesús María Lago (1873-1927). La selección y prólogo corresponden a Félix Franco Oppenheimer, Luis Hernández Aquino y Angel Luis Morales, respectivamente.

El Sistema Jurídico de la Ejecución Penal, por ITALO A. LUDER. La Plata, Dirección de Impresiones Oficiales de la Provincia de Buenos Aires, 1959. 81 p.

Trabajo sobre derecho ejecutivo penal, donde luego de considerar el concepto contenido, naturaleza y caracteres del mismo, el autor trata el problema de la autonomía, afirmando que "es una rama del derecho administrativo que, por haber alcanzado extraordinario desarrollo, justifica el surgimiento de un distinto ordenamiento jurídico y su estudio teórico científico, siempre dentro de los principios fundamentales del derecho originario".

Enseguida se estudia la cuestión relativa a la codificación, de la que el autor se manifiesta partidario sosteniendo que ella "ofrece una serie de ventajas que superan los pocos inconvenientes que podrían señalarse".

El capítulo segundo versa sobre la relación jurídica de la ejecución penal, el título ejecutivo, los sujetos de esta relación y las modificaciones de que es susceptible, como así también, de la duración y extinción de la misma.

Se destina el último capítulo para el estudio del funcionamiento de la ejecución, con referencias a la Ley Penitenciaria nacional y al Código de Ejecución Penal de la provincia de Buenos Aires, el que se inserta como apéndice del volumen.

Textos de catedráticos jesuitas en Quito colonial, por MIGUEL SÁNCHEZ ASTUDILLO S. J. Quito (Ecuador), Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1959. 141 p. 16 ilust.

Como una contribución al conocimiento de la actividad intelectual en el período colonial del Ecuador, el autor estudia una serie de textos manuscritos, procedentes en su casi totalidad de la Universidad de San Gregorio, que los jesuitas regentearon en Quito durante 147 años, desde 1662 a 1769.

